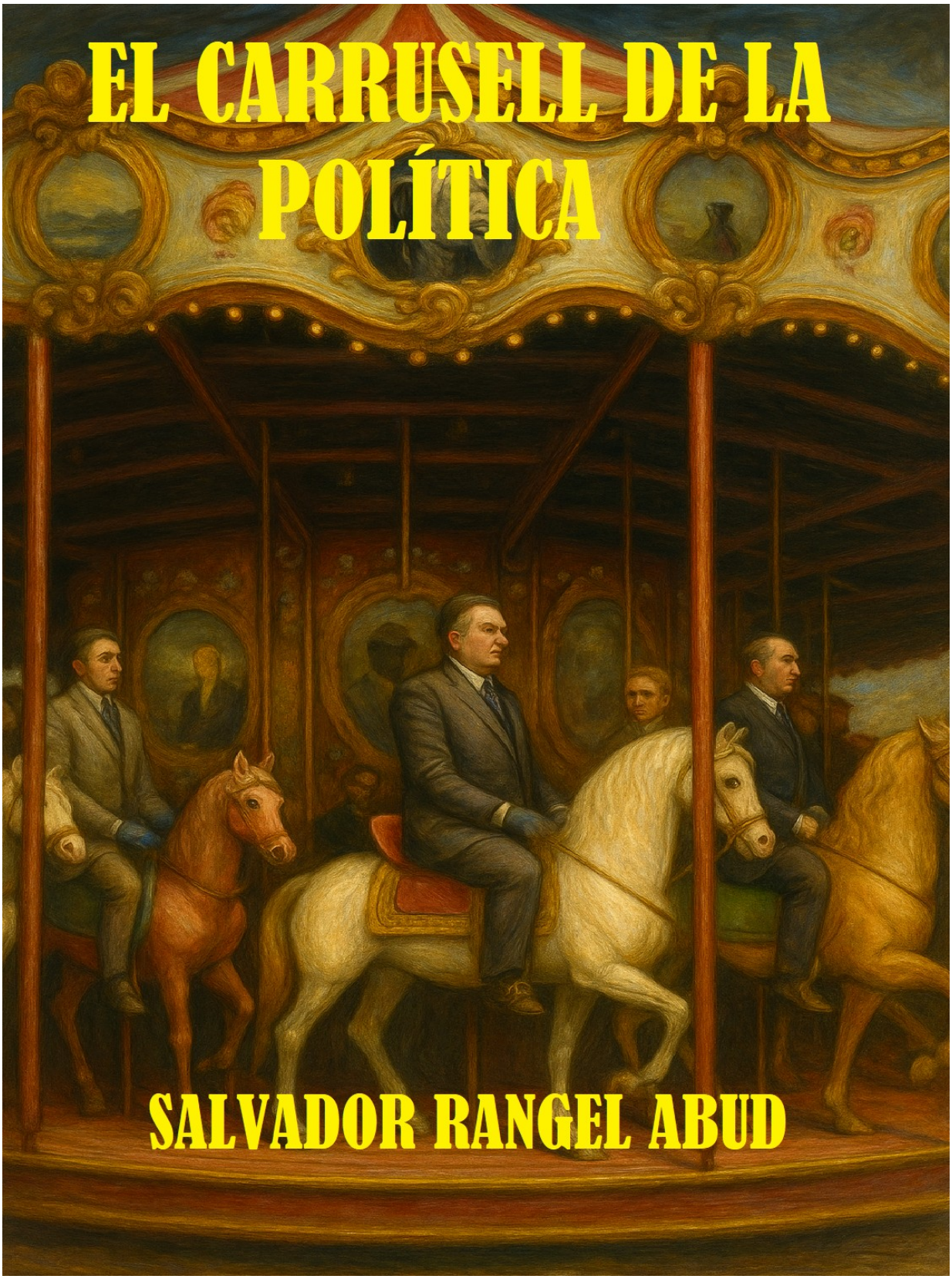
EL CARRUSELL DE LA POLÍTICA



SALVADOR RANGEL ABUD

EL CARRUSEL DE LA POLÍTICA

Sinopsis

Suba al carrusel... pero apriétese bien la dignidad, porque puede salir volando.

Carlos Alberto Cadena Arvide —alias "Calín", alias "CACA"— nació con una ambición del tamaño del erario y una vocación política tan natural como la desfachatez. Esta no es la historia de un héroe, ni siquiera la de un villano respetable. Es la crónica implacable, mordaz y profundamente mexicana del ascenso de un bribón cualquiera que, sin méritos ni escrúpulos, llegó a la cima del poder.

Narrada por su compadre, víctima y cronista —el entrañable Jacinto Terrones—, esta novela destapa con ironía feroz los engranajes oxidados del sistema político nacional: desde las redes familiares que facturan unidas, pasando por campañas de promesas huecas, hasta el arte de gobernar saqueando sin dejar huellas. Entre risas y escalofríos, el lector descubrirá que en este país, el cinismo no solo tiene escuela: tiene maestría, doctorado y cargo público.

Del mitin al mitote, del discurso a la despensa, de la promesa al olvido. Una sátira cervantina que es espejo implacable de un México sin caretas, donde la familia que factura unida deja al país jodido, y donde el carrusel gira y gira mientras todos ya pagamos el boleto aunque nadie nos preguntó si queríamos subir.

El carrusel de la política no es solo una sátira demoledora; es un espejo que nadie quiere mirar, pero que todos deberían leer.

Sobre el autor

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública y maestro en administración de hospitales, además de escritor aficionado. Con una extensa obra que abarca ficción política, sátira social y exploración de dilemas éticos, Rangel Abud combina experiencia en la gestión pública con una mirada crítica e irónica sobre las instituciones mexicanas. Su escritura, heredera de la tradición cervantina y del humor negro latinoamericano, cuestiona los límites entre el servicio público y el saqueo, la democracia y el espectáculo, el poder como instrumento de transformación o como patrimonio familiar.

Detalles de publicación

Título: El carrusel de la política
Autor: Salvador Rangel Abud
Género: Sátira política / Ficción social
Contexto: México contemporáneo
Extensión: Novela completa (12 capítulos + prólogo + epílogo + post epílogo)

Idioma: Español
Año de publicación: 2025
Formato: Digital

Advertencia legal

Esta obra es una sátira política de ficción. Cualquier parecido con personas, situaciones o instituciones reales es mera coincidencia y forma parte del ejercicio literario de crítica social. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o son utilizados de manera ficticia con propósitos satíricos y de comentario social.

Esta novela constituye un ejercicio legítimo de libertad de expresión y crítica política protegido constitucionalmente. No pretende difamar a ninguna persona real específica, sino comentar sobre patrones sistémicos de corrupción, nepotismo y degradación institucional observables en la política latinoamericana en general.

Nota del autor

Esta novela nació de la indignación y del humor como mecanismos de supervivencia cívica. En un país donde la realidad política supera constantemente a la ficción, la sátira se convierte no solo en un género literario, sino en un instrumento de higiene mental colectiva.

Carlos Alberto Cadena Arvide y su dinastía son personajes ficticios, pero los mecanismos que describen —el nepotismo descarado, la compra de votos, la apropiación del erario como patrimonio familiar, la transformación de la democracia en espectáculo— son dolorosamente reales y documentables en múltiples contextos políticos.

Esta novela no pretende señalar culpables individuales, sino denunciar un sistema que convierte la excepción en norma y la corrupción en tradición. Es una advertencia, no una predicción. Un espejo incómodo, no un manual de instrucciones.

Si algún lector reconoce en estos personajes ficticios patrones de comportamiento observables en políticos reales, eso habla más del estado de nuestra república que de las intenciones de este texto.

La risa es resistencia. La sátira es memoria. Y la indignación escrita es el último refugio de la esperanza cívica.

Licencia y derechos de autor

Copyright © 2025 Salvador Rangel Abud. Todos los derechos reservados.

Esta obra está licenciada bajo Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de:

- Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución** — Debe dar crédito apropiado, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Debe hacerlo de manera adecuada, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo del licenciante.
- **NoComercial** — No puede utilizar el material con propósitos comerciales.
- **SinDerivadas** — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede distribuir el material modificado.
- **No hay restricciones adicionales** — No puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier cosa que permita la licencia.

Avisos:

- No tiene que cumplir con la licencia para aquellos elementos del material en el dominio público o cuando su uso esté permitido por una excepción o limitación aplicable.
- No se dan garantías. La licencia podría no darle todos los permisos necesarios para el uso que tenga previsto. Por ejemplo, otros derechos como relativos a publicidad, privacidad, o derechos morales pueden limitar la forma en que utilice el material.

Para ver una copia de esta licencia, visite: https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

---

Palabras clave

Sátira política mexicana, corrupción sistémica, nepotismo, democracia simulada, crítica social, clientelismo político, dinastías políticas, compra de votos, demagogia, presupuesto público, fraude electoral, carrera política, cinismo gubernamental, impunidad, narrativa política, humor negro, México contemporáneo, instituciones débiles, poder y corrupción, compadrazgo político, ficción social, novela de denuncia

---

Temas principales

- **Corrupción sistémica:** Exposición de mecanismos institucionalizados de desvío de recursos públicos
- **Nepotismo:** Crítica a la colocación de familiares en posiciones de poder como práctica normalizada

- **Degradación democrática:** Análisis de cómo las instituciones se vacían de contenido manteniendo la forma
- **Clientelismo político:** Exploración del intercambio de votos por dádivas como base del sistema electoral
- **Dinastías políticas:** Advertencia sobre la tendencia a la perpetuación familiar en el poder
- **Impunidad estructural:** Denuncia de sistemas diseñados para proteger a los poderosos
- **Simulación democrática:** Crítica a procesos electorales que mantienen apariencias pero carecen de sustancia
- **Poder como patrimonio:** Cuestionamiento de la apropiación privada de lo público
- **Complicidad social:** Reflexión sobre la responsabilidad colectiva en la normalización de lo aberrante
- **Cinismo como filosofía de Estado:** Análisis de la desvergüenza institucionalizada

---

Advertencias de contenido

Esta obra contiene:

- Lenguaje coloquial mexicano y términos políticos locales
- Crítica mordaz a instituciones y prácticas políticas
- Descripciones de corrupción, fraude electoral y apropiación de recursos públicos
- Humor negro sobre situaciones de degradación cívica
- Sátira de prácticas políticas reales observables en múltiples contextos
- Reflexiones sobre complicidad ciudadana en sistemas corruptos
- Contenido político que puede resultar incómodo o controversial

Recomendada para lectores adultos interesados en sátira política, crítica social y reflexión sobre instituciones democráticas. La obra asume familiaridad básica con el sistema político mexicano y latinoamericano.

Citas destacadas

"La familia que factura unida, al país lo deja jodido."

"En este país, el cinismo no solo tiene escuela: tiene maestría, doctorado y cargo público."

"La democracia no muere con estruendo. Muere en silencio, entre aplausos comprados."

"El que tiene la báscula, pone el precio. Y en política, quien cuenta los votos, pone al presidente."

"No es el dinero que hemos acumulado. Es haber creado una estructura perfecta de impunidad hereditaria."

Cómo citar esta obra

Formato APA:
Rangel Abud, S. (2025). *El carrusel de la política*. Internet Archive. https://archive.org/details/[identificador]

Formato MLA:
Rangel Abud, Salvador. *El carrusel de la política*. 2025. Internet Archive, https://archive.org/details/[identificador]

Formato Chicago:
Rangel Abud, Salvador. *El carrusel de la política*. 2025. Internet Archive. https://archive.org/details/[identificador]

Contexto histórico y social

Esta novela se inscribe en una larga tradición de sátira política latinoamericana que incluye obras como *El señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias, *La fiesta del Chivo* de Mario Vargas Llosa, y las crónicas mordaces de Carlos Monsiváis.

En el contexto mexicano específico, dialoga con la tradición del humor político que va desde los versos satíricos de la época colonial, pasando por las calaveras de José Guadalupe Posada, hasta el periodismo crítico contemporáneo.

La obra no pretende ser un tratado político ni un análisis académico, sino un ejercicio de imaginación literaria que toma elementos observables de la realidad política mexicana y los lleva a sus consecuencias lógicas extremas, creando una parábola sobre los peligros de la normalización de la corrupción y la degradación institucional.

Para reflexión del lector

Esta novela plantea preguntas incómodas:

- ¿En qué momento lo excepcional se convierte en normal?
- ¿Cuál es la responsabilidad ciudadana en la perpetuación de sistemas corruptos?
- ¿Puede una democracia morir manteniendo todas sus formas externas intactas?
- ¿Hasta qué punto el clientelismo político es complicidad mutua?
- ¿Cómo evitar que las dinastías políticas se normalicen en democracias formales?

No ofrece respuestas fáciles, pero invita a la reflexión crítica sobre la salud de nuestras instituciones y nuestra responsabilidad colectiva en su mantenimiento o degradación.

Contacto y más obras del autor

Para conocer más obras de Salvador Rangel Abud, visite su colección en Internet Archive donde encontrará su catálogo completo de novelas que abarcan géneros como:

- Sátira política y social
- Ficción histórica
- Thriller psicológico
- Drama existencial
- Exploración de dilemas éticos en salud pública
- Narrativa de crítica institucional

Agradecimientos

Esta obra fue posible gracias a décadas de observación del sistema político mexicano, a conversaciones con funcionarios honestos que luchan contra corriente, a periodistas que arriesgan su vida por mantener viva la crítica, y a ciudadanos comunes que se niegan a normalizar lo inaceptable.

Agradezco especialmente a quienes leyeron versiones preliminares y me animaron a publicar pese a la incomodidad del tema. En tiempos donde la sátira es necesaria pero arriesgada, el apoyo de lectores comprometidos con la salud democrática es invaluable.

Mensaje final

Esta obra es ficción, pero la advertencia es real.

México —y muchas democracias latinoamericanas— están a pocas decisiones ciudadanas de distancia de convertir esta sátira en crónica. La línea entre la ficción política y la realidad institucional se adelgaza peligrosamente cada vez que normalizamos la corrupción, aplaudimos el nepotismo o vendemos nuestra dignidad cívica por una despensa.

El carrusel puede detenerse, pero solo si dejamos de pagar el boleto con nuestra indiferencia.

EL CARRUSEL DE LA POLÍTICA
Una sátira necesaria sobre un México que no queremos heredar

Salvador Rangel Abud
2025

"Suba al carrusel... pero recuerde que puede bajarse antes de que todos perdamos la dignidad en el giro."

INDICE

PRÓLOGO: *El arte de trepar sin caerse de nalgas*
Capítulo 1: La cuna del cinismo
Capítulo 2: Escuela de bribones
Capítulo 3: El burro que tocó la flauta… electoral
Capítulo 4: La familia que factura unida
Capítulo 5: Del mitin al mitote
Capítulo 6: La moral según San Cadena
Capítulo 7: Socios, compadres y otras alimañas
Capítulo 8: La campaña de las mil mentiras
Capítulo 9: El arte de gobernar saqueando (sin dejar huellas)
Capítulo 10: El escándalo como plataforma de relanzamiento
Capítulo 11: El poder marea… y engorda
Capítulo 12: El ocaso entre aplausos comprados
EPÍLOGO: El nacimiento de una tétrica dinastía.
POST-EPÍLOGO: Que nunca muera la verdadera democracia

PRÓLOGO

El arte de trepar sin caerse de nalgas

(Por Jacinto Terrones, compadre, víctima y cronista)

Han pasado treinta años desde que vi a Carlos Alberto Cadena Arvide tragar polvo en el patio de la escuela después de que lo empujara el gordo Mendiola. Treinta años desde que le presté mi lápiz amarillo —que nunca me devolvió— y veinticinco desde que aprendí que prestarle algo a CACA era como arrojar dinero a una alcantarilla perfumada: jamás vuelves a verlo, pero te queda un tufillo a gratitud falsa que, como la corrupción misma, impregna todo cuanto toca y nunca desaparece.

Yo debería ser el último en escribir esta historia. Al fin y al cabo, Carlos Alberto me nombró Director del Instituto Municipal de Cultura cuando ganó la alcaldía. Un cargo tan decorativo como un florero en un velorio, pero con nómina quincenal. Lo acepté no por convicción, sino por hambre —que también es una forma de ideología cuando el estómago rebuzna más fuerte que la conciencia y la dignidad se cotiza en el mercado de valores de la supervivencia.

Esta no es la historia de un villano. Los villanos tienen la decencia de anunciarse como tales, de vestir a tono con su maldad, de reír maquiavélicamente cuando sus planes se cumplen. Carlos Alberto es algo peor: un hombre común que descubrió que la política mexicana es el único oficio donde la mediocridad paga dividendos, la desvergüenza se cotiza al alza y el descaro es la mejor carta de presentación en el póker de la democracia simulada.

¿Qué van a encontrar en estas páginas? El ascenso implacable de un niño acomplejado que devino en alcalde impresentable, luego diputado inútil, después senador invisible y finalmente presidente improbable. La crónica puntual de cómo un país entero puede ser embaucado por un tipo que en el colegio copiaba los exámenes al revés y que confunde la Constitución con un catálogo de ofertas donde puede tachar lo que no le gusta.

Cuando éramos niños, le decíamos "Calín" —diminutivo que detestaba porque sugería pequeñez en un cuerpo creciente y una ambición desmesurada. Hoy, mientras firma decretos con la misma mano con la que antaño falsificaba justificantes médicos, quizá nadie se atreva a recordarle que alguna vez fue pequeño. Pero yo sí. Porque lo vi crecer como quien observa un hongo después de la lluvia: con asombro morboso, cierta curiosidad científica y el presentimiento ineludible de que algo tóxico se estaba gestando.

Le debo cinco sexenios de empleo público y él me debe la verdad. Con estas páginas, creo que quedamos a mano. Él construyó un imperio de simulación y mentiras; yo construyo este testimonio, único monumento honesto en la vasta planicie de genuflexiones que lo rodea.

Suban al carrusel. La música ya suena, los caballos giran sobre sí mismos creyendo que avanzan, y Carlos Alberto espera en su trono de utilería, construido con promesas que son el betún dorado sobre la madera podrida del sistema. El espectáculo está por comenzar, y en esta función, como en la democracia mexicana, ustedes ya pagaron el boleto pero no decidirán el final.

CAPÍTULO 1

La cuna del cinismo

Donde se narra el nacimiento de un pequeño taimado y ambicioso

El nacimiento de Carlos Alberto fue tan ordinario como extraordinaria sería su capacidad para medrar después. Vino al mundo un martes de abril de 1957 en Rancho Viejo, un pueblo tan insignificante que ni en los censos figuraba completo porque el funcionario del INEGI siempre se cansaba a medio padrón o descubría una cantina más interesante que su trabajo.

Yo lo sé bien. Mi madre, Doña Herminia, era la partera del pueblo y me llevó con ella ese día, aunque yo apenas tenía cinco años. "Para que aprendas a no temerle a los milagros de la vida", me dijo. Y vaya milagro que resultó ser ese bebé regordete que berreaba como si el mundo le debiera algo desde el primer llanto, un reclamo que mantendría durante toda su vida pública, como si el erario fuera una teta inagotable destinada a su exclusiva nutrición.

Don Teófilo Cadena, su padre, esperaba afuera de la casa jugando dominó y tomando mezcal con compadres mientras su esposa paría entre gemidos ahogados por la costumbre. Cuando le avisaron que ya era padre, se limitó

a servir otra ronda y a decir: "Ojalá sea movido pa' los negocios". Fue una profecía autocumplida con la precisión de un reloj suizo, aunque no los negocios honrados que quizás —en un rapto de ingenuidad— imaginaba Don Teófilo.

La casa donde nació Carlos Alberto era una construcción a medio hacer —como casi todo en su vida futura: declaraciones patrimoniales, explicaciones públicas y proyectos de nación. Dos cuartos de block sin repellar, techo de lámina que en verano convertía el interior en un horno y en invierno en una nevera, y una tienda de abarrotes al frente que funcionaba como sala, comedor y escuela de transas para el pequeño Cadena. Ahí, entre latas de chiles mohosos y costales de frijol con gorgojos, aprendió sus primeras lecciones de economía política: El que tiene la báscula, pone el precio. La mercancía se pesa con el dedo gordo metido discretamente. El fiado es sólo para los que pueden pagar al contado y un cliente engañado hoy es un votante seguro mañana

Doña Prudencia, su madre, era una mujer con la espalda curvada por cargar culpas ajenas y las compras del mercado. Rezaba por todos menos por ella misma, con la devoción mecánica de quien ha aprendido que el cielo es la única instancia donde las injusticias terrenas podrían ser reparadas. Tenía ojos que parecían pedir perdón anticipado por los pecados que su hijo cometería, como si en sus entrañas hubiera gestado no sólo un bebé sino un presagio.

"A ese niño le brillan los ojos como contador en quincena", decía mi madre mientras lo bañaba a regañadientes, porque Carlitos ya desde bebé odiaba el agua, presagio de su futura alergia a la transparencia y su particular relación con la rendición de cuentas, siempre turbia como agua de florero olvidado.

El pequeño Carlos Alberto dio sus primeros pasos a los diez meses, directamente hacia el cajón donde su padre guardaba el dinero de la tienda. Don Teófilo lo celebró como una señal de inteligencia precoz, una orientación natural hacia lo importante en la vida. Mi madre lo interpretó de otro modo: "Ese chamaco no camina, acecha. No avanza, calcula. Y lo peor es que calcula bien".

A los tres años ya sabía contar hasta cien, pero sólo si se trataba de dinero o dulces. Las letras las aprendió más tarde y nunca del todo bien, con una resistencia obstinada hacia las reglas que no podía doblar a su antojo. ¿Para qué molestarse con la ortografía cuando se puede contratar un corrector? ¿Para qué aprender leyes si después se pueden modificar? Ya desde niño aplicaba el principio básico de la delegación política: ¿por qué hacer algo tú mismo si puedes obligar a otro a hacerlo por ti mientras tú te llevas el crédito?

En el kínder destacó por una habilidad perturbadora: conseguía que otros niños le regalaran sus juguetes. No por generosidad, simpatía o carisma genuino, sino por una mezcla de manipulación infantil y amenaza velada

que perfeccionaría en sus futuras negociaciones presupuestales. "Si no me das tu carrito, le digo a la maestra que te hiciste pipí", era su argumento estrella. Un antecedente cristalino del futuro: "Si no apruebas mi iniciativa, sacamos a relucir lo de tus terrenos en la costa", o "Si no votas por mí, hacienda revisará a tu familia hasta encontrar el recibo de la primera comunión".

Carlos Alberto no era el niño más listo, ni el más fuerte, ni el más guapo. Era algo peor: era el más persistente. Cuando quería algo, no cejaba hasta conseguirlo. Esa cualidad, tan admirable en un científico o un artista, resulta terrorífica en alguien con vocación de poder y carencia de escrúpulos, como descubriría un país entero décadas después, cuando sus mañaneras se convirtieran en un ritual tan inevitable como el amanecer mismo.

A los cinco años ya tenía su primer "gabinete": Juanito Pérez (el niño rico del pueblo), Memo García (el brabucón) y yo, Jacinto Terrones, el pendejo útil que le hacía la tarea mientras él practicaba firmas como si fueran autógrafos. Me decía que algún día tendría que firmar muchos papeles importantes y debía tener una rúbrica "inolvidable". Lo fue, sin duda. Especialmente para el erario, que recordaría cada trazo de esa firma como el paso de un huracán por las arcas públicas.

Su infancia no conoció grandes traumas ni carencias extremas. Y quizá ese fue el problema. No tenía hambre literal, sino un vacío existencial que sólo podía llenarse con admiración forzada, con aplausos comprados, con lealtades en nómina. Una sed insaciable de reconocimiento que ningún cargo, por alto que fuera, lograría saciar.

Por las noches, mientras otros niños soñaban con ser bomberos o astronautas, Carlos Alberto se dormía murmurando instrucciones a subordinados imaginarios, como ensayando para un futuro en el que su palabra sería orden, su capricho ley y su ignorancia, doctrina oficial.

Ya entonces sabíamos que iría lejos. Lo que no imaginábamos era cuánto nos costaría a todos su largo y sinuoso viaje hacia el poder. No sospechábamos que aquel niño regordete con ojos calculadores sería el mismo hombre que, décadas después, sonreiría desde espectaculares, besaría bebés con repugnancia mal disimulada y devoraría presupuestos con el mismo entusiasmo con que se comía las golosinas robadas de la tienda paterna.

CAPÍTULO 2

Escuela de bribones

Del catecismo al compadrazgo. Primeras lecciones de supervivencia social

El primer día de primaria, mientras los demás niños llorábamos aferrados a las faldas maternas, Carlos Alberto se presentó peinado con gomina que hacía brillar su cabeza como un casco político, portafolio de plástico

imitación piel y una sonrisa que parecía ensayada frente al espejo durante horas, la misma que décadas después utilizaría para anunciar recortes presupuestales "por el bien de la nación". No iba a estudiar. Iba a hacer "contactos", una palabra que pronunciaba con la reverencia con que otros niños mencionaban a los superhéroes.

La Escuela Primaria "Benito Juárez" de Rancho Viejo era un edificio de tres aulas con piso de cemento pulido, paredes que exudaban humedad como si lloraran por el futuro del país, y un patio donde las gallinas de la directora picoteaban durante el recreo con más propósito educativo que algunos maestros. Ahí, entre pupitres rayados con declaraciones de amor prematuro y un pizarrón que nunca estuvo completamente negro, Carlos Alberto recibió su verdadera educación: no la de los libros, sino la del dominio social, no la del conocimiento sino la del control, no la de la ciencia sino la de la apariencia.

—Oye, Calín —le pregunté una vez cuando cursábamos tercero, mientras masticaba un sándwich que me había obligado a compartir—, ¿por qué siempre te sientas hasta adelante? Desde atrás podemos hacer más travesuras y ver a las niñas.

—Porque desde adelante la maestra me ve primero, pendejo —respondió con esa mezcla de desprecio y condescendencia que años después perfeccionaría en entrevistas televisivas, cuando periodistas incómodos osaran cuestionar sus cifras inventadas—. El que no es visto, no existe. Y el que no existe, no recibe nada. La política es óptica, Jacinto. No importa ser el más listo sino el más visible.

Y existir era su obsesión. No destacar por mérito, sino por presencia. No brillar por talento, sino por insistencia. No por ideas, sino por volumen. No por sustancia, sino por repetición. Una estrategia que lo llevaría, décadas después, a imponer su rostro en cada esquina del país como un omnipresente ojo vigilante, un Gran Hermano tropical con acento provinciano y corbata mal anudada.

La maestra Remedios, una señora con permanente perpetuo y vocación marchita que arrastraba treinta años de servicio como quien arrastra una cadena, lo detectó de inmediato con ese instinto que desarrollan los docentes para identificar amenazas: "Este niño habla como político", le dijo una vez a mi madre en la junta de padres, mientras Carlos Alberto repartía dulces entre los otros niños como si fuera día de elecciones. No era un cumplido, era una advertencia, un diagnóstico temprano de una enfermedad social que ya empezaba a manifestarse. Pero Don Teófilo lo tomó como tal y esa noche le compró a Carlitos su primer "traje": unos pantalones cafés de tergal y una camisa blanca de manga larga que lo hacía parecer vendedor de seguros en miniatura o diputado en formación.

En cuarto año, Carlos Alberto organizó su primera elección amañada: la votación para "jefe de grupo". Hizo campaña durante una semana, prometiendo recreos más largos (imposible sin modificar el horario escolar),

tarea sólo los lunes (decisión que no competía a ningún alumno), y una fiesta de fin de año "con pastel para todos y refrescos ilimitados" (con presupuesto inexistente). Promesas que, por supuesto, no estaban en sus manos cumplir —una constante que mantendría en su carrera política, donde el "no se podía saber" se convertiría en su escudo favorito para justificar promesas rotas.

Pero lo genial fue el método: repartió papelitos ya marcados con su nombre, estableció un sistema de "voto abierto" donde cada niño debía anunciar su elección en voz alta, anunció que quien no votara por él "se las vería con Memo García" (su matón oficial, futuro coordinador de campaña y eventual secretario de gobernación), y lo más brillante: él mismo contó los votos con la destreza de un prestidigitador electoral.

Ganó por unanimidad aplastante. Incluso obtuvo dos votos más que el total de alumnos, un milagro matemático que prefiguraba los extraordinarios resultados que conseguiría en bastiones electorales donde los votantes parecían multiplicarse como panes y peces bíblicos.

—Es que algunos estaban tan convencidos que votaron dos veces —explicó cuando la maestra notó la discrepancia aritmética, con la misma soltura con que años después justificaría irregularidades en su declaración patrimonial.

En lugar de anular la elección, la maestra Remedios se limitó a suspirar con la resignación de quien ha visto el mismo espectáculo durante décadas. "Así son las cosas en este país", dijo con fatiga infinita, mientras guardaba las papeletas en el mismo cajón donde archivaba sus esperanzas de jubilación digna. Sin saberlo, nos estaba dando la clase de civismo más realista de la historia mexicana: la democracia como una obra de teatro donde el guion está escrito desde antes que se abra el telón.

Las clases de catecismo, impartidas por una monja que confundía el miedo con la fe, tampoco fueron desperdiciadas por Carlos Alberto. Mientras nosotros nos dormíamos con la retahíla de los mandamientos, pecados capitales y bienaventuranzas, él encontró en la Iglesia otra forma de control social, otro sistema de poder que podía ser estudiado, emulado y eventualmente utilizado. El Padre Domingo, un cura barrigón con más años que la catedral y un gusto por el coñac que llamaba "agua bendita española", quedó impresionado por el fervor repentino de Carlitos, quien se ofreció como monaguillo voluntario con la devoción calculada de quien invierte en acciones a largo plazo.

—No es por devoción —me confesó una tarde mientras robábamos hostias sin consagrar para venderlas como "galletas sagradas" a los niños más pequeños—. Es que el padre sabe todo de todos. Conoce quién se anda acostando con quién, quién roba, quién debe, quién llora por las noches y quién tiene parientes en Estados Unidos. La confesión es el primer sistema de inteligencia del mundo, Jacinto. Eso, mi querido pendejo, es poder.

A los diez años ya había comprendido el valor de la información privilegiada, la materia prima de las futuras extorsiones veladas que financiarían sus campañas y lubricarían los engranajes de su ascenso político. Mientras los demás estudiábamos las tablas de multiplicar, él multiplicaba contactos, acumulaba secretos ajenos y construía su primer archivo de lealtades obligadas.

Pero fue en sexto cuando dio su golpe maestro. La escuela organizaba cada año una kermés para comprar material didáctico —en ese tiempo remoto cuando todavía se pretendía que la educación pública podía mejorar. Carlos Alberto se ofreció como tesorero del evento con la humildad fingida de quien hace un sacrificio por el bien común. Nadie más quería el cargo —requería saber sumar y llevar registros, actividades que el mexicano promedio considera formas sofisticadas de tortura, casi tan desagradables como leer los términos y condiciones o el plan de gobierno.

La kermés fue un éxito rotundo: se vendieron todos los pasteles que aportaron las madres, los boletos de la tómbola se agotaron, y hasta la limonada aguada que preparó Doña Prudencia desapareció entre la sed y la resignación de los asistentes. Cuando llegó el momento de contar el dinero recaudado, Carlos Alberto anunció solemnemente frente a toda la escuela reunida:

—Después de todos los gastos necesarios e imprevistos surgidos, nos quedan 340 pesos para material didáctico —declaró con la pompa de un secretario de hacienda anunciando un superávit ficticio.

La directora aplaudió el logro con el entusiasmo de quien celebra la aparición de un billete en un pantalón olvidado. Dos días después, Carlos Alberto apareció con tres cajas de gises de colores, dos borradores de fieltro y una regla de madera.

—¿Y el resto del dinero? —preguntó la maestra Remedios con la suspicacia de quien ha visto demasiados cinismos como para tragarse uno más.

—¿Cuál resto? —respondió con cara de no haber roto nunca un plato, la misma expresión que usaría décadas después cuando le preguntaran por departamentos en el extranjero—. Los impuestos se llevaron lo demás. Y la inflación, maestra, la inflación. Además, hubo gastos de representación, viáticos para conseguir los mejores precios, y una comisión razonable por mis servicios profesionales de administración de recursos.

Tenía 12 años y ya manejaba la jerga económica para justificar desfalcos. Un genio precoz de la malversación que haría parecer a los cleptómanos como aficionados y a los saqueadores coloniales como aprendices.

Cuando terminamos la primaria, la maestra Remedios le dijo algo que entonces nos pareció un cumplido pero que ahora reconozco como una advertencia, una profecía oscura pronunciada con la clarividencia de quien ha visto nacer a muchos pequeños monstruos:

—Carlos Alberto, tú llegarás muy lejos. Dios nos agarre confesados y el erario bien atrancado.

No sabía la pobre mujer que para ambas precauciones ya era tarde.

CAPÍTULO 4

La familia que factura unida

Cómo colocar a tíos, primos y suegras sin que a nadie parezca importarle

La familia Cadena-Arvide era numerosa, ruidosa y particularmente dotada para la supervivencia. Como cucarachas con apellido compuesto: resistentes, adaptables y capaces de sobrevivir a cualquier catástrofe política, incluso la alternancia en el poder que tantos profetas del apocalipsis habían vaticinado como el fin de los privilegios dinásticos.

Yo los conocía bien. Demasiado bien. No sólo eran vecinos en Rancho Viejo; eran como un ecosistema completo con sus propias leyes de la selva, sus depredadores y sus presas, aunque estas últimas siempre eran externas al clan. Estaba la tía Lupe con su lunar del tamaño de un frijol en la barbilla, que usaba como punto focal cuando regateaba hasta lo imposible en el mercado. El tío Chema, que olía perpetuamente a Brut y sudor rancio, con esa peculiar capacidad para aparecer precisamente cuando se servía la comida en cualquier reunión. La prima Bertha, con sus permanentes fracasos amorosos y su talento inigualable para cobrar sueldos en dependencias donde nunca se presentaba. Los primos Cadena, todos con la misma frente angosta heredada del abuelo don Eustaquio y la misma propensión a extender la mano, no para saludar sino para recibir, de preferencia en efectivo y sin firmar recibos.

El clan completo vivía en un radio de seis manzanas en Rancho Viejo, como una especie de dinastía pueblerina que controlaba desde la tienda de abarrotes hasta la farmacia, la refaccionaria y el billar "Los Amigos" –un nombre que resultaba casi irónico considerando que los Cadena-Arvide no tenían amigos, sino aliados temporales, súbditos permanentes o enemigos en potencia. Un monopolio familiar que sería el ensayo general para el futuro asalto al presupuesto público, su gran obra maestra.

Carlos Alberto consiguió su primer puesto político real a los 26 años: regidor suplente en el Ayuntamiento de Loma Bonita. Un cargo tan insignificante que ni siquiera aparecía en el organigrama oficial, una nota al pie en la gran novela del poder municipal. Pero Carlos Alberto tenía esa virtud –quizá la única– de ver oportunidades donde otros sólo veían restricciones. Ese puesto minúsculo le daba dos cosas invaluables: una credencial con el escudo nacional que abría puertas antes cerradas y, más importante, un escritorio en un pasillo del edificio municipal desde el cual podía observar el flujo del dinero público como quien estudia las corrientes de un río antes de construir una presa.

Era 1983 y la crisis económica golpeaba a México como un martillo a una piñata: sin misericordia y sacando todos los dulces. El peso se devaluaba con la velocidad de un meteorito en caída libre, la inflación devoraba salarios como una bestia insaciable, y la gente común enfrentaba la desesperación de ver cómo sus sueños se desmoronaban con la misma facilidad que los billetes perdían valor. Pero mientras el país se hundía en el pantano económico, Carlos Alberto descubrió la fórmula mágica para mantener a flote a los suyos: la nómina pública, ese salvavidas que nunca se hunde mientras haya impuestos que cobrar.

Todo comenzó con su hermana Conchita, una muchacha con vocación de uña enterrada: dolorosa, persistente e inútil. La colocó como "auxiliar administrativa" en la oficina de Obras Públicas, un departamento estratégico donde los contratos fluían como agua en tiempo de lluvias y donde la discreción valía su peso en oro. Su función teórica era archivar documentos. Su función real era llegar a las once, tomar un café de dos horas mientras intercambiaba chismes sobre quién había perdido una licitación y por qué, pintarse las uñas con esmaltes que combinaran con el color del partido oficial, y salir a la una "por emergencia familiar" – emergencia que invariablemente involucraba una sesión de pedicura o una telenovela imperdible.

—¿No te da vergüenza, Calín? —le reclamé una tarde mientras compartíamos unas cervezas en el billar de su tío, ese antro con más humo que oxígeno donde se cerraban los verdaderos tratos municipales—. Tu hermana ni siquiera sabe usar la engrapadora sin lastimarse. Ayer la vi llorar porque una calculadora "se había roto" cuando solo se le acabaron las pilas.

Me miró con esa expresión que reservaba para quienes no comprendían las reglas no escritas del juego político mexicano, una mezcla de condescendencia y genuina extrañeza, como quien observa a un marciano intentando entender el béisbol.

—¿Vergüenza de qué? —respondió indignado mientras encendía un cigarrillo con el anterior—. ¿De darle trabajo a mi familia? ¿De ayudar a los míos? ¿Qué clase de político sería si no puedo ni colocar a mi gente? En este país, el que no transa no avanza, y el que no coloca a su familia es un pendejo o un huérfano.

—Uno honesto —respondí con la ingenuidad que todavía me caracterizaba, esa que Carlos Alberto veía como una enfermedad curable con el tiempo y la exposición suficiente a la realidad nacional.

Carlos Alberto escupió la cerveza de la risa con tal fuerza que salpicó a un jugador de billar en la mesa contigua, quien, al reconocerlo, en vez de reclamar le ofreció invitarle la siguiente ronda.

—Honesto... ¡Estás pendejo, Jacinto! —dijo limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Si fuera honesto, estaría vendiendo tacos en la esquina o dando clases en alguna escuela jodida, viviendo al día y viendo cómo los

vivos disfrutan lo que los pendejos honrados no se atreven a tomar. Un político sin familia en nómina es como un cura sin sotana: técnicamente posible, pero contra natura. Es como un taco sin salsa o un mariachi mudo.

Su filosofía política cabía en una servilleta de bar, pero era más efectiva que cualquier tratado constitucional. Para Carlos Alberto, el poder no era un medio para transformar la realidad, sino un instrumento para adaptarla a su medida y a la medida de los suyos. El bien común era, en el mejor de los casos, un efecto secundario accidental; en el peor, un eslogan vacío para discursos inaugurales.

Después de Conchita vino el primo Jaime, un tipo que había dejado la preparatoria en segundo año para "dedicarse a sus negocios", que consistían básicamente en vender productos piratas en el tianguis y escapar ocasionalmente de inspectores con la agilidad de un olímpico. Lo nombró "coordinador de cultura popular", un puesto inventado cuya descripción oficial ocupaba tres párrafos de jerga burocrática indescifrable, pero cuya única función real era organizar el jaripeo anual y contratar grupos musicales para los eventos oficiales (casualmente, siempre los mismos: "Los Jilgueros del Sur", propiedad de otro primo, conocidos por su habilidad para cobrar facturas por conciertos que duraban la mitad del tiempo acordado).

Jaime, que no distinguía un son huasteco de una polka norteña, se convirtió de la noche a la mañana en la autoridad cultural del municipio, con oficina propia (un clóset reconvertido) y una secretaria de tiempo completo que, para sorpresa de nadie, resultó ser su novia en turno, una joven cuyo único mérito era tener buena memoria para recordar las fechas de cumpleaños de todos los funcionarios importantes y sus respectivas amantes.

Luego llegó el tío Polo, un señor perpetuamente borracho cuya nariz enrojecida era el mapa topográfico de cuarenta años de devoción etílica. Apareció un día en la plaza principal con credencial de "inspector de alcoholes", cargo que parecía diseñado específicamente para sus talentos. Su trabajo consistía en visitar cantinas, recibir mordidas disfrazadas de "cortesías de la casa", y salir más ebrio de lo que entraba. Todo en nombre de la ley y del "control sanitario de bebidas espirituosas", como él mismo decía arrastrando las palabras después de sus extenuantes jornadas de inspección.

El tío Polo elevó la corrupción menor a la categoría de arte. No sólo cobraba por no reportar irregularidades (el clásico moche mexicano), sino que además había desarrollado un sofisticado sistema de tarifas: tanto por botella sin marbete, tanto por hora extra no autorizada, tanto por menor de edad no tan menor a quien se le vendía alcohol. La innovación llegó cuando empezó a cobrar también por señalar las irregularidades de los competidores: una modalidad de consultoría negativa que resultaba doblemente redituable.

Para cuando Carlos Alberto cumplió 30 años y fue nombrado oficial mayor del Ayuntamiento (tras la conveniente renuncia del titular, quien apareció misteriosamente con una camioneta nueva el mismo día que presentó su "irrevocable decisión de atender asuntos personales"), la mitad de la nómina municipal tenía algún parentesco con él. La otra mitad estaba en lista de espera o ya había entregado su respectivo diezmo para asegurar su permanencia laboral.

El talento de Carlos Alberto no era gobernar, sino distribuir. Como un Robin Hood retorcido que robaba al erario para dar a los suyos, había perfeccionado el arte de crear puestos innecesarios con nombres rimbombantes y salarios inversamente proporcionales a su utilidad social.

La tía Chole, que no sabía leer más allá del nivel silábico pero tenía una dentadura postiza resplandeciente que le daba cierta distinción cuando sonreía en eventos oficiales, fue nombrada "promotora de lectura y tradiciones orales" en una biblioteca que existía solo en el presupuesto y en una placa inaugural que nadie había visto. Su principal función era cobrar quincena y aparecer estratégicamente en fotos cuando algún funcionario estatal visitaba el municipio, sosteniendo libros que jamás abría y sonriendo con esos dientes perfectos que costaron lo que debió ser el acervo bibliográfico.

El sobrino Toño, ex DJ de una discoteca clausurada por vender alcohol adulterado que dejó ciego a un turista desafortunado, se convirtió en "técnico de sonido municipal y coordinador audiovisual" con un salario que duplicaba el de un maestro con veinte años de servicio. Su equipo de trabajo consistía en dos bocinas desparramadas, un amplificador que zumbaba como colmena furiosa y un micrófono que transformaba cualquier discurso en un ejercicio de adivinación auditiva. Pero Toño tenía dos virtudes irremplazables: sabía cuándo subir el volumen para ahogar las protestas en eventos públicos y tenía una colección de música instrumental ideal para ocultar los ronquidos de funcionarios en ceremonias tediosas.

La joya de la corona fue cuando Carlos Alberto logró que nombraran a su suegra, doña Mercedes —una mujer con la dulzura de un cactus y la cultura de una piedra de río—, como "Directora de Asuntos Indígenas y Preservación de Lenguas Ancestrales", a pesar de que su único contacto con los indígenas era cuando les compraba artesanías regateando como si el mundo se acabara, y su única contribución a la preservación lingüística era un repertorio de insultos en tres dialectos que había aprendido para regatear más efectivamente.

Doña Mercedes, que se refería a los indígenas como "la gente de huarache" (cuando estaba de buenas) o "los nacos del cerro" (cuando no tenía que guardar apariencias), recibía un sobresueldo por "trabajo de campo" que realizaba exclusivamente desde su oficina con aire acondicionado, único en todo el edificio municipal. Su programa estrella, "Rescate de Tradiciones Auténticas", consistía básicamente en organizar un desfile anual donde obligaba a empleados municipales a disfrazarse con atuendos que ella

consideraba "típicos", una mezcla alucinante de elementos culturales dispares que habría horrorizado a cualquier antropólogo serio.

Yo observaba este circo del nepotismo con una mezcla de asco y admiración perpleja. La desfachatez tenía algo de artístico, de virtuosismo en la desvergüenza. Carlos Alberto había elevado el tráfico de influencias familiares a una categoría científica: estudiaba meticulosamente qué pariente encajaría mejor en qué puesto según sus necesidades de control, visibilidad o simplemente según quién necesitaba más urgentemente un rescate económico.

Una tarde, mientras Carlos Alberto firmaba cheques en su oficina (ya había ascendido a tesorero municipal, posición desde la cual controlaba el flujo del dinero como un dios menor maneja las lluvias), me atreví a preguntarle con esa ingenuidad que él consideraba mi defecto más entrañable:

—¿No temes que algún día te cachen con tanto familiar en nómina? Hay rumores en el pueblo, la gente habla...

Me miró como se mira a un niño que pregunta si Santa Claus existe a los quince años, con esa mezcla de ternura condescendiente y ligera irritación por tener que explicar lo obvio.

—Jacinto, Jacinto... —suspiró con paciencia forzada mientras ajustaba su corbata nueva, regalo de un contratista agradecido—. Nadie puede "cacharme" porque no estoy escondiendo nada. Todo está a la vista. Los nombramientos son legales, firmados, sellados, con número de oficio y copia al archivo. Este país no funciona con méritos, funciona con lealtades. Y ¿quién más leal que la familia? Si pongo a un extraño, mañana me traiciona por otro hueso más jugoso. Si pongo a mi primo, podrá ser un pendejo, pero es MI pendejo. Y si roba, al menos roba para la familia. Los Cadena-Arvide somos como una cooperativa del presupuesto: todos ponemos, todos sacamos.

Su lógica era tan circular como inexpugnable, un sistema cerrado y autosuficiente donde la crítica rebotaba como pelota de goma contra pared de concreto.

—Además —añadió mientras se servía un whisky en horario laboral, un Chivas Regal que misteriosamente siempre estaba disponible en su oficina pese a los recortes presupuestales—, el día que yo caiga, caemos todos. Y eso, mi querido amigo, es una póliza de seguro mejor que cualquier amenaza. Cuando todos tienen las manos manchadas, nadie tiene interés en señalar la suciedad. Somos como los mosqueteros, pero con apellido y cuenta bancaria: todos para uno y uno para el presupuesto.

Y así fue como, paso a paso, con la paciencia de una araña que teje su telaraña, Carlos Alberto fue colocando familiares en cada rincón de la administración municipal. La prima Lolita en Registro Civil, estratégicamente situada para agilizar o complicar trámites según la generosidad del ciudadano. El primo Ramón como proveedor oficial de papelería, vendiendo a precios de oro resmas de papel que

misteriosamente siempre llegaban incompletas. La sobrina Fernanda, recién graduada de un curso de tres meses de computación, como "coordinadora de innovación tecnológica", encargada de una red de computadoras que se caía más veces que un borracho en piso encerado.

Con el tiempo, la familia Cadena-Arvide se convirtió en una institución más poderosa que el propio ayuntamiento. No había trámite que no pasara por algún pariente, permiso que no requiriera la bendición de algún primo, contrato que no beneficiara a algún cuñado. Era un sistema de castas moderno donde el parentesco definía oportunidades y accesos, una versión burocrática del "conócete a ti mismo" socrático transformado en "conoce a tus parientes y a qué ventanilla acudir".

Lo más sorprendente no era la desfachatez del nepotismo, sino la naturalidad con que la gente lo aceptaba. Como si fuera una ley natural que la familia del funcionario viviera del erario. Una tradición tan mexicana como los mariachis o el picante en la fruta, un hecho cultural que no merecía cuestionamiento. La resignación colectiva era el mejor aliado de Carlos Alberto, esa filosofía de "así son las cosas" que permitía que lo anormal se volviera cotidiano y lo corrupto se normalizara hasta la invisibilidad.

Recuerdo claramente la fiesta del día de las madres organizada por el municipio. Una carpa enorme en la plaza principal, mariachi, birria para dos mil personas y electrodomésticos para rifar entre las "madrecitas", como Carlos Alberto las llamaba con ese paternalismo empalagoso que cultivaba para eventos públicos. En la mesa de honor, junto al presidente municipal, estaban sentadas las madres de todos los funcionarios importantes. Y como por arte de magia, todas ganaron en la rifa: licuadoras, planchas, batidoras y hasta un refrigerador que casualmente le tocó a doña Mercedes.

—¿No es demasiado obvio? —le susurré a Carlos Alberto mientras el mariachi interpretaba "Las Mañanitas".

—Es perfectamente obvio, y ese es el punto —respondió con una seguridad pasmosa—. La gente no quiere justicia, Jacinto, quiere espectáculo. Les das una fiesta, les das de comer, les das un show, y el lunes seguirán viniendo a hacer fila en nuestras oficinas, agachando la cabeza y pidiendo favores. La corrupción descarada es la mejor estrategia: nadie puede acusarte de lo que haces a plena luz del día llamándolo tradición.

Carlos Alberto había convertido el árbol genealógico familiar en un organigrama municipal. Cada rama, cada hoja representaba un salario, una mordida, una comisión. Era un sistema perfecto en su imperfección, sostenible en su insostenibilidad.

Y lo más triste es que nadie —ni siquiera yo, su amigo más antiguo y quizá el único que podía hablarle sin temor a represalias— tenía el valor de decir lo obvio: que la familia que factura unida, al país lo deja jodido. Que cada peso desviado a un pariente incompetente era un bache sin arreglar, una medicina no comprada, un libro ausente en la escuela fantasma. Que el

verdadero talento de Carlos Alberto no era crear riqueza sino redistribuirla, no generar valor sino extraerlo como se extrae el jugo de una naranja hasta dejarla seca y arrugada.

Y así, mientras el país transitaba por crisis económicas, cambios de partido y promesas de modernidad, la familia Cadena-Arvide permanecía, adaptándose como un virus resistente a cualquier antibiótico político, mutando cuando era necesario pero manteniendo su esencia parasitaria intacta. Porque en el fondo, Carlos Alberto había descubierto la verdad más triste sobre nuestro sistema: que en la política mexicana, la sangre no solo es más espesa que el agua; también es más rentable que el petróleo.

CAPÍTULO 5

Del mitin al mitote

Discursos, dádivas, despensas y demás danzas tribales del clientelismo

El primer mitin electoral serio de Carlos Alberto fue un espectáculo digno de un circo de tres pistas, pero con menos ética y más fritanga.

Corría 1988 y México se preparaba para otra elección "perfectamente orquestada" —como decía don Agapito, el tendero tuerto que había visto fraudes desde la época de Calles. Carlos Alberto había logrado la candidatura a la presidencia municipal de Loma Bonita tras una operación política que combinó amenazas veladas, promesas imposibles y la misteriosa desaparición del expediente donde constaban sus desfalcos como tesorero.

Yo había ascendido (o descendido, según la ética que se considere) a su jefe de prensa. Un título rimbombante para alguien cuya principal función era sobornar periodistas locales con "apoyos para gasolina" y redactar boletines donde la mediocridad se disfrazaba de logro histórico.

La plaza principal de Loma Bonita era un hervidero humano aquella tarde de junio. No tanto por entusiasmo político sino porque Carlos Alberto había contratado tres camiones para traer acarreados de rancherías vecinas con la promesa de "comida gratis y una sorpresa". La sorpresa era, inevitablemente, un mitin de dos horas.

El templete, montado frente al quiosco, estaba adornado con globos tricolores que parecían marchitos antes de empezar —presagio involuntario del futuro gobierno. Una lona gigante mostraba la cara de Carlos Alberto retocada hasta la irrealidad: sin papada, sin entradas en el cabello y con unos dientes tan blancos que podrían verse en la oscuridad.

—¿No crees que exageramos con el Photoshop? —le pregunté mientras revisábamos los últimos detalles—. Ni tu madre te reconocería en esa foto.

—De eso se trata, pendejo —respondió mientras se ajustaba la corbata roja (siempre roja, porque según él "transmite poder")—. La gente no vota por lo que eres, sino por lo que quiere creer que eres. Y todos quieren creer que

su próximo presidente municipal parece estrella de televisión, no el dueño de una funeraria con problemas digestivos.

La multitud esperaba bajo un sol inclemente. Niños dormidos en el suelo, ancianas abanicándose con calendarios propagandísticos, hombres aburridos mascando palillos. El entusiasmo era tan escaso que tuvimos que contratar "porras" —un grupo de quince jóvenes con playeras del partido a quienes se les pagaba cincuenta pesos por gritar como si estuvieran en un concierto de Juan Gabriel.

Antes de que Carlos Alberto subiera al escenario, presencié el ritual más mexicano y deprimente de nuestra democracia: la entrega de "apoyos".

Camionetas estacionadas estratégicamente en las calles aledañas descargaban cajas de despensas como si fueran tesoros arqueológicos. Cada una contenía el mismo botín electoral: dos kilos de arroz, uno de frijol, aceite de dudosa procedencia, sopas instantáneas y una lata de atún que debió caducar durante el sexenio anterior. Todo coronado por un calendario con la cara fotoshopeada de Carlos Alberto y el eslogan "Progreso Seguro con Cadena".

Las "promotoras del voto" —señoras con blusas del color del partido y bocinas en vez de voces— organizaban a la gente en filas. Cada beneficiario entregaba una credencial de elector que era fotografiada con polaroids antes de recibir su despensa. Seguro electoral disfrazado de generosidad.

—Esto es humillante —le dije a Carlos Alberto mientras observaba a una anciana cargar su caja con dificultad—. La gente viene por necesidad, no por convicción.

—Y por eso mismo funciona —respondió mientras se echaba gotas para el mal aliento—. La convicción se acaba; la necesidad, nunca. El estómago vacío es el mejor promotor del voto que existe.

Un grupo especial recibía sobres amarillos en una carpa aparte: los "operadores territoriales", una red de líderes comunitarios que controlaban el voto de colonias enteras a cambio de promesas específicas: pavimentación, alumbrado, concesiones de transporte o, en casos más directos, fajos de billetes que pasaban de mano en mano con la discreción de quien intercambia recetas médicas.

A las seis en punto, cuando el sol empezaba a ser menos inclemente, comenzó el espectáculo. Primero subió el animador, un locutor de radio con voz de vendedor de aspiradoras que calentaba a la multitud como quien enciende un auto en invierno: con dificultad y varias intentonas.

—¡¿Quién va a ganar?! —gritaba con entusiasmo fabricado.

—¡Cadeeeeena! —respondían las porras contratadas, mientras el resto de los asistentes murmuraban o bostezaban.

—¡No los escucho! ¡¿QUIÉN VA A GANAR?!

La respuesta mejoraba ligeramente. El hombre sudaba como si estuviera desactivando una bomba.

Después vino el desfile de "personalidades" locales: el director de la secundaria, el representante ejidal, la reina de la feria del mango, todos repitiendo el mismo discurso prefabricado que yo había escrito la noche anterior bajo los efectos de tres cafés y un cinismo galopante.

Cuando por fin subió Carlos Alberto, la tarde moría y con ella la paciencia de los asistentes. Pero entonces ocurrió la transformación. El Carlos Alberto que conocía —calculador, frío, perpetuamente burlón— desapareció. En su lugar emergió un hombre nuevo: gesticulante, emotivo, con una capacidad sobrenatural para fingir empatía.

—¡Pueblo de Loma Bonita! —comenzó con voz quebrada—. Los veo y me veo a mí mismo hace treinta años, cuando jugaba descalzo en estas mismas calles...

Mentira número uno. Carlos Alberto jamás había jugado descalzo; su familia, sin ser rica, siempre había tenido para zapatos y algo más.

—¡Conozco el hambre! ¡Conozco la necesidad! ¡He sentido en carne propia lo que es no tener para darle de comer a los hijos!

Mentira número dos. No tenía hijos y, hasta donde yo sabía, tampoco hambre histórica.

Pero la gente comenzaba a asentir. Las señoras se abanicaban con menos desgano. Los hombres dejaron de mirar sus relojes. El ambiente cambiaba gradualmente.

—¡Y por eso me dueles, Loma Bonita! ¡Me dueles como duele un hijo enfermo! ¡Y por eso quiero curarte con obras, con progreso, con trabajo!

Para este punto, Carlos Alberto ya se había aflojado la corbata y actuaba como un predicador en éxtasis. Sacaba pañuelos, se limpiaba lágrimas invisibles, golpeaba el podio. La teatralidad era tan descarada que resultaba hipnótica.

—¡No vengo a prometerles! —gritaba, aunque eso era exactamente lo que hacía—. ¡Vengo a comprometerme! ¡Porque yo no quiero ser su presidente municipal! ¡Quiero ser su HERMANO en la lucha por un mejor futuro!

La gente aplaudía ya sin necesidad de las porras. Incluso yo, conociendo cada engranaje del engaño, me descubrí asintiendo como un títere.

La parte más brillante —y terrible— llegó cuando Carlos Alberto bajó del templete, contra todas las recomendaciones de seguridad, y se metió entre la multitud. Abrazaba señoras, cargaba niños, palmoteaba espaldas masculinas con viril camaradería. Un baño de pueblo previamente ensayado frente al espejo.

Vi cómo una anciana lloraba mientras él le sostenía las manos y prometía una clínica que nunca construiría. Vi a un campesino emocionado cuando le juró apoyo para el campo mientras sus asesores se reían por lo bajo

sabiendo que ya habían comprometido ese presupuesto en contratos para constructoras fantasma.

La escena central, la que resumiría toda su carrera política, ocurrió casi al final. Una mujer joven con un bebé en brazos intentó acercarse para pedir algo, pero los guardias la bloquearon. Carlos Alberto, detectando una oportunidad fotográfica, ordenó que la dejaran pasar. Tomó al bebé, lo alzó como si fuera el rey león, y proclamó:

—¡Por él luchamos! ¡Por los que vienen! ¡Por el futuro!

Flashes. Aplausos. La madre lloraba de emoción mientras los fotógrafos capturaban el momento para la posteridad y los diarios locales.

Cuando le devolvió el bebé, Carlos Alberto dejó caer discretamente en la bolsa de la mujer un fajo de billetes. Generosidad televisada; corrupción en las sombras.

Esa noche, mientras los operadores desmantelaban el templete y la plaza quedaba sembrada de basura, Carlos Alberto celebraba en un restaurante con su equipo cercano. El whisky corría como si fuera agua del grifo.

—¿Viste sus caras? —me preguntó, aflojándose por fin la corbata—. Es como pescar. Les tiras el anzuelo, ellos pican, tú jalas. Simple.

—Pero prometiste cosas imposibles —le recordé mientras picoteaba sin ganas unos camarones—. Clínicas, escuelas, calles pavimentadas, apoyo al campo... El presupuesto municipal no alcanza ni para la mitad.

—¿Y? —respondió sirviéndose otro trago—. Cuando llegue el momento de cumplir, siempre podemos culpar al gobierno federal, a la oposición, a los extraterrestres. La memoria política del mexicano dura lo que un helado en el desierto. Para cuando se den cuenta del engaño, ya estaré buscando la diputación.

Brindó consigo mismo mientras yo veía por la ventana. A lo lejos, los últimos acarreados esperaban sus camiones bajo la lluvia que empezaba a caer, abrazando sus despensas como si fueran salvavidas en un naufragio político que llevaba décadas hundiéndonos a todos.

Y así funcionaba la maquinaria: del mitin al mitote, del discurso a la despensa, de la promesa al olvido. Un ciclo tan mexicano como los rebozos y las conchas de vainilla. Tan nuestro como la resignación.

CAPÍTULO 6

La mentira bien contada Propaganda, prensa vendida y otras formas de reescribir la realidad

El periódico "El Eco de Loma Bonita" tenía dos cualidades notables: salía cada semana con puntualidad británica y mentía con desvergüenza azteca. Su edificio —un local deprimente junto a una vulcanizadora— ostentaba el pomposo letrero de "El Decano de la Prensa Regional", aunque nadie recordaba haber leído algo cierto en sus páginas desde la Revolución.

Como flamante Coordinador de Comunicación Social del Ayuntamiento (título rimbombante para "encargado de sobornos mediáticos"), mi oficina se había convertido en parada obligada para los periodistas locales cada quincena. Venían por su "apoyo a la libertad de prensa", un eufemismo para los sobres amarillos con efectivo que Carlos Alberto había institucionalizado como método de control informativo.

Don Laureano, director y dueño de "El Eco", era el primero en la fila cada día de pago. Un hombre de unos setenta años con manchas en la piel que parecían mapas de territorios inexplorados y un aliento que combinaba café rancio, tabaco y lo que sospecho era una profunda ausencia de valores.

—Jacintito, mi muchacho —me saludaba cada vez, palmeándome la espalda como si fuéramos cómplices de un crimen. Y lo éramos—. ¿Cómo está nuestro presidente municipal? ¿Mucho trabajo por el bien del pueblo?

Yo asentía mientras sacaba el sobre. La tarifa era clara: portada completa para Carlos Alberto, editorial laudatorio y ninguna nota negativa a cambio de diez mil pesos mensuales. Un negocio redondo para un periódico con circulación de apenas ochocientos ejemplares, la mayoría comprados por el propio ayuntamiento.

Los titulares resultantes eran obras maestras del servilismo: "Carlos Alberto Cadena: El Alcalde que Trabaja 25 Horas al Día", "Revoluciona Cadena la Administración Municipal", "Loma Bonita: Ejemplo Nacional Gracias a su Presidente".

La realidad, por supuesto, era menos brillante. Las calles seguían sin pavimentar, el drenaje colapsaba con cada lluvia, y el único proyecto realmente terminado había sido la remodelación del despacho presidencial, ahora equipado con aire acondicionado alemán y un escritorio de caoba que costó lo que tres aulas escolares.

Una mañana especialmente calurosa, mientras redactaba un boletín sobre la "histórica inversión en infraestructura educativa" (que consistía en pintar las fachadas de tres escuelas dejando los baños inservibles), Carlos Alberto entró a mi oficina agitando un periódico.

—¿Viste esto? —preguntó arrojando sobre mi escritorio "La Voz del Pueblo", un pasquín recién nacido que aún no formaba parte de nuestra nómina extraoficial.

El titular era brutal en su simpleza: "Nepotismo Descarado en Ayuntamiento: 28 Familiares de Cadena en Nómina".

—¿Es cierto? —pregunté, aunque conocía la respuesta.

—¡Claro que es cierto! —respondió sorprendentemente—. Pero ese no es el pinche problema. El problema es que lo publiquen. ¿Para qué crees que les pagamos? ¿Para que hagan periodismo? ¡No mames!

Dos horas después, el director de "La Voz del Pueblo" estaba sentado frente a nosotros. Rodolfo Reyna, un periodista de la capital que había llegado con ideas revolucionarias sobre ética profesional e investigación. Pobre iluso.

—Señor Reyna —comenzó Carlos Alberto con un tono engañosamente cordial—. Veo que usted tiene talento para descubrir historias. Pero me preocupa que no entienda cómo funcionan las cosas en Loma Bonita.

—¿Me está amenazando? —respondió el hombre, con una valentía que me pareció suicida.

—¡Para nada! —Carlos Alberto sonrió—. Le estoy ofreciendo una oportunidad. Su periódico necesita anunciantes, y el municipio tiene presupuesto publicitario. Es una relación natural, como el tequila y el limón.

El periodista mantuvo su postura unos minutos más, hablando de ética, de responsabilidad social y otras nociones que sonaban extraterrestres en esa oficina. Pero cuando Carlos Alberto mencionó casualmente que el local donde operaba "La Voz" tenía irregularidades en su licencia comercial, el tono cambió.

Una semana después, "La Voz del Pueblo" publicaba un reportaje especial titulado: "Carlos Alberto Cadena: El Hombre Detrás del Funcionario", una lambisconería de ocho páginas con fotos de su familia, sus "humildes orígenes" y sus "visiones para transformar la región".

Así funcionaba el sistema. No matábamos periodistas; los comprábamos. Era más barato y generaba menos escándalos internacionales.

La maquinaria propagandística no se limitaba a la prensa escrita. A Carlos Alberto le encantaban los "infomerciales gubernamentales", spots radiofónicos donde actores mal pagados fingían ser ciudadanos agradecidos:

—Gracias a nuestro presidente municipal, ahora tengo agua en mi colonia —decía una voz femenina que en realidad pertenecía a la secretaria del tesorero.

—Con Carlos Alberto Cadena, la seguridad ha mejorado. Ya puedo salir tranquilo por las noches —afirmaba un supuesto comerciante que era en realidad mi primo Héctor, quien nunca había vendido nada en su vida excepto su dignidad para esta grabación.

Para el primer informe de gobierno, la distorsión de la realidad alcanzó niveles surrealistas. Preparamos un video de "obras realizadas" que incluía tomas de calles pavimentadas... en la ciudad vecina. Mostramos escuelas remodeladas... filmando solo las fachadas recién pintadas. Entrevistamos a "beneficiarios" de programas sociales... todos familiares de funcionarios o empleados municipales amenazados con perder su trabajo si no sonreían a la cámara.

El informe se realizó en el auditorio municipal, decorado como si fuera la entrega de los Oscar, con Carlos Alberto descendiendo por una escalera entre aplausos de burócratas que sabían que su permanencia en nómina dependía del entusiasmo mostrado.

Su discurso fue un monumento a la ficción política:

—En solo un año —proclamó con la solemnidad de quien anuncia una cura para el cáncer—, hemos logrado transformar Loma Bonita. Más de cincuenta obras de infraestructura, quince nuevos programas sociales, inversión histórica en educación y salud...

Yo, sentado en primera fila, hacía cálculos mentales. Los cincuenta "obras" incluían cambio de focos en el parque y pintura en las guarniciones. Los "programas sociales" eran básicamente repartir despensas con su foto. Y la "inversión histórica" consistía en donar cinco computadoras usadas a una primaria (donde estudiaba, casualmente, la hija de su compadre, el juez municipal).

Después del informe, mientras la gente desfilaba hacia las mesas de antojitos regionales (otra tradición: comprar aplausos con tamales), Carlos Alberto me abrazó, eufórico por el éxito de la farsa.

—¿Viste? A esto me refiero con una mentira bien contada. Si lo dices en cadena nacional, con música emotiva de fondo y un montaje bonito, la gente se lo traga enterito.

—Pero eventualmente se darán cuenta —aventuré—. Las calles siguen igual, los problemas persisten.

Carlos Alberto sonrió mientras saludaba mecánicamente a la fila de aduladores que buscaban su atención.

—Para cuando eso ocurra, ya seré diputado y todo esto será problema de otro pendejo. La política es como una función de circo, Jacinto: lo importante no es tener elefantes reales, sino hacer creer que los que están en la pista son los más grandes y exóticos.

Esa noche, mientras los funcionarios se emborrachaban celebrando logros imaginarios, yo salí a caminar por las calles reales de Loma Bonita. Las mismas calles sin pavimentar, con baches como cráteres lunares y drenaje desbordado. Un grupo de niños jugaba futbol con una pelota desinflada bajo un farol parpadeante.

Me pregunté si ellos también creían en la ciudad de fantasía que habíamos inventado en nuestros comunicados. Si sus padres, al leer "El Eco de Loma Bonita", realmente pensaban que vivían en el paraíso terrenal que describíamos.

La mentira bien contada. El arte supremo de la política mexicana. Una tradición que Carlos Alberto no había inventado, ciertamente, pero que perfeccionaba día a día con un talento que alternadamente me asombraba y me revolvía el estómago.

CAPÍTULO 7

Socios, compadres y otras alimañas

La fauna política que lo apadrina y lo multiplica

Si algo había aprendido Carlos Alberto en su meteórica carrera política era que nadie llega solo a la cima del basurero. Se necesita una red de cómplices, una fauna variopinta de personajes dispuestos a sostener la farsa, compartir el botín y, llegado el momento, servir de carne de cañón si alguien debe caer.

Por aquellos días, CACA ya había dejado atrás la alcaldía de Loma Bonita y miraba con ojos golosos la diputación federal. Un peldaño más en su ascenso hacia lo que él llamaba "el gran pastel nacional". Para ese salto necesitaba más que una familia entrenada en el arte del saqueo; requería aliados estratégicos, personajes con influencia regional que pudieran aportarle no solo votos, sino también legitimidad, aunque fuera tan falsa como billete de tres pesos.

La oficina de CACA en el Comité Regional del partido parecía la sala de espera de un zoológico político: una colección de especímenes que Darwin habría estudiado con fascino antropológico.

—Es como un arca de Noé, pero en vez de salvarse del diluvio, se suben para provocarlo —me comentó una tarde mientras observábamos desde su ventana la fila de "personalidades" que esperaban audiencia.

En aquel bestiario político, cada ejemplar cumplía una función específica en el ecosistema de la corrupción.

Primero estaba Don Alberto Mendoza, "El Patriarca", un cacique azucarero con más hectáreas que escrúpulos y un control férreo sobre cinco municipios donde sus trabajadores votaban como soldaditos disciplinados. Un anciano de rostro pétreo y sombrero eterno que llegaba siempre con una hielera llena de mangos —y sobres repletos de efectivo.

—Don Alberto es como un dinosaurio —me explicó Carlos Alberto con admiración no disimulada—. Debería estar extinto, pero sigue pisoteando todo a su paso.

El ritual de encuentro entre ambos parecía una danza ceremonial de apareamiento político: CACA fingía respeto reverencial, Don Alberto simulaba creerle, y ambos sellaban con tequila promesas que ninguno pensaba cumplir.

Luego venía el "Licenciado" Ordóñez, un abogado con tres intentos fallidos de aprobar el examen profesional pero con una maestría en fabricar demandas y amparos a la medida. Flaco como alambre, con lentes tan gruesos que sus ojos parecían vivir en otra dimensión, y una capacidad sobrehumana para citar leyes inexistentes.

—No necesito que conozca las leyes —confesó Carlos Alberto—. Necesito que sepa cómo romperlas sin que parezca delito.

El "Licenciado" cobraba una mensualidad fija por mantener congeladas tres denuncias por desvío de recursos contra Carlos Alberto y por tener preparados expedientes comprometedores contra cualquier adversario potencial.

La fauna continuaba con "La Magnífica", doña Mercedes Treviño, dirigente del Sindicato de Maestros regional. Una mujer cuya corpulencia solo era superada por su capacidad para traicionar a sus agremiados. Con tres anillos en cada dedo y un peinado que desafiaba las leyes de la física, controlaba cinco mil votos cautivos y la distribución de plazas escolares, el nuevo oro en un país con escasas oportunidades laborales.

—Los maestros son la infantería electoral perfecta —explicaba CACA mientras firmaba un convenio para entregar cincuenta plazas a familiares de "La Magnífica"—. Están en cada rincón del estado y cada uno influye en al menos veinte familias.

No podía faltar en aquella colección "El Padre Chema", un sacerdote con sotana permanentemente manchada de salsa y una interpretación muy particular del voto de pobreza. Desde su púlpito orientaba el voto de los feligreses con sermones donde sutilmente sugerían que votar por el candidato equivocado era pecado mortal. A cambio, recibía generosas "donaciones" para su parroquia que misteriosamente coincidían con las fechas en que cambiaba de automóvil.

—Dios y la política son como el tequila y el limón —filosofaba Carlos Alberto —. Separados son amargos, juntos hacen que la gente pierda la razón más rápido.

Uno de los especímenes más exóticos era "El Chato" Guzmán, un empresario con negocios tan diversos como sospechosos: desde constructoras hasta funerarias, pasando por medios de comunicación y, según rumores, "importación de sustancias recreativas". Un hombre con sonrisa de tiburón, chaleco antibalas bajo la guayabera y una habilidad prodigiosa para ganar licitaciones antes de que se publicaran.

—El Chato no compra publicidad en los periódicos —me explicó una vez Carlos Alberto—. Compra periódicos completos, que es más efectivo.

Su aportación a la campaña no sería en efectivo, sino en especie: camionetas para transportar votantes, equipos de sonido, estructuras para mítines y, lo más valioso, el silencio de los cuatro periódicos regionales que controlaba.

La colección de alimañas continuaba con "La Doctora", una psiquiatra que nunca había tocado un cerebro pero que dirigía el Hospital Regional. Su verdadera especialidad era diagnosticar "incapacidades médicas" a burócratas que necesitaban ausentarse para trabajar en campañas políticas sin perder su sueldo. También facilitaba ambulancias para transportar urnas el día de la elección y desviaba medicamentos para financiar eventos proselitistas.

—La salud y la política tienen mucho en común —filosofaba CACA mientras firmaba un convenio de "apoyo mutuo" con la doctora—. Ambas tratan con pacientes que no entienden lo que les pasa, confían ciegamente en el que viste bata blanca, y pagan sin chistar tratamientos que no necesitan.

Quizás el más pintoresco de todos era "El Académico", un rector universitario con cinco doctorados honoris causa otorgados por universidades patito y una habilidad asombrosa para convertir el presupuesto educativo en propaganda política. Un hombre que citaba a Kant mientras desviaba fondos y que hablaba de ética mientras manipulaba a estudiantes para asistir a mítines a cambio de créditos extra.

—La academia es el mejor disfraz para la política —me confió Carlos Alberto mientras firmaba un convenio para crear una cátedra con su nombre—. Nadie cuestiona a un tipo con toga y birrete, aunque esté diciendo pendejadas.

Yo observaba aquella procesión de personajes con la misma fascinación morbosa con que se contempla un accidente en carretera. La oficina de Carlos Alberto se había convertido en una pasarela donde desfilaba lo peor de cada gremio, sector o corporación.

Una tarde, mientras actualizábamos la lista de "aliados estratégicos", me atreví a preguntar lo obvio:

—¿No te preocupa rodearte de tanta gente... poco honorable?

Carlos Alberto soltó una carcajada que asustó a su secretaria al otro lado de la puerta.

—Jacinto, Jacinto... —dijo sacudiendo la cabeza como quien regaña a un niño—. Prefiero mil veces un sinvergüenza que se sabe sinvergüenza, que un santurrón que se cree sus propias mentiras. Con los primeros haces negocios claros: tanto me das, tanto te doy. Con los segundos nunca sabes cuándo les va a dar un ataque de moral que te joda la operación.

—Pero tantos intereses, tantos compromisos... ¿No te limitan?

Carlos Alberto se sirvió un whisky, a pesar de que apenas eran las once de la mañana.

—El secreto está en prometerles a todos, pero jerarquizar a quién cumplirle primero —me explicó con la paciencia de un maestro zen—. Es como tener varias amantes: todas creen que son las únicas, y tú repites el mismo "te amo" con distinta entonación según la circunstancia.

El problema, claro, era que aquellas "amantes políticas" no eran ingenuas quinceañeras, sino tiburones experimentados que conocían perfectamente el juego.

Una noche, durante una cena privada con sus principales "socios", presencié la verdadera naturaleza de aquellas alianzas. En un salón reservado del restaurante más caro de la ciudad, entre botellas de vino importado y cortes de carne que costaban lo que un salario mínimo mensual, las caretas cayeron después del tercer brindis.

—Querido Carlos Alberto —dijo Don Alberto Mendoza arrastrando las palabras tras varios tequilas—. Sabes que te apoyamos incondicionalmente para la diputación.

—Y yo agradezco profundamente esa confianza, Don Alberto —respondió CACA con una sonrisa ensayada.

—Pero también sabes que nada es gratis en esta vida —continuó el viejo, ahora con voz gélida—. Cuando llegues a San Lázaro, necesitamos que bloquees cualquier reforma al régimen agrario. Mis tierras son mi vida.

—Cuente con ello —aseguró Carlos Alberto, aunque ya me había confesado que apoyaría cualquier reforma que le conviniera personalmente.

"El Chato" Guzmán, más directo, puso sobre la mesa un sobre amarillo.

—Aquí están las ubicaciones para las cinco gasolineras que necesito. Quiero los permisos en cuanto tomes protesta.

Carlos Alberto asintió mientras guardaba el sobre sin abrirlo. Yo sabía que dos de esas ubicaciones ya estaban prometidas a otro empresario que había aportado a la campaña.

"La Magnífica" fue más específica:

—Necesito cien plazas más y que se archive esa investigación sobre las cuotas sindicales. Si no, mis maestros podrían enfermarse masivamente el día de la elección.

Y así, uno tras otro, los "aliados" presentaron sus facturas anticipadas. No eran socios; eran acreedores. No eran simpatizantes; eran inversionistas esperando dividendos políticos.

Al salir de aquella cena, mientras esperábamos el auto, Carlos Alberto parecía inusualmente pensativo.

—¿Sabes cuál es la ironía, Jacinto? Todos creen que me tienen agarrado por los huevos, pero no entienden que cuando tienes tantos compromisos, en realidad no tienes ninguno.

—¿Cómo es eso? —pregunté confundido.

—Simple lógica política: cuando le debes a uno, estás jodido; cuando le debes a veinte, ellos son los jodidos. Si me presionan demasiado, simplemente los balanceo entre ellos. "No puedo cumplirte porque tengo que cumplirle a fulanito primero". Y así, mientras pelean entre ellos, yo sigo avanzando.

Era una lógica perversa pero efectiva. Carlos Alberto había convertido la política en un esquema Ponzi donde las promesas de hoy se pagaban con las alianzas de mañana, en una pirámide que solo podía sostenerse mientras siguiera ascendiendo.

La campaña para diputado federal arrancó formalmente un mes después. En el evento de lanzamiento, sobre el templete, Carlos Alberto apareció rodeado por aquella fauna política. Don Alberto a su derecha, "La Magnífica" a su izquierda, "El Chato" aplaudiendo en primera fila, el Padre Chema bendiciendo discretamente el evento, "El Académico" prestando legitimidad intelectual con un discurso plagado de citas apócrifas.

—Mira bien este cuadro —me dijo un periodista veterano que cubría el evento—. Es como "La Última Cena", pero aquí todos son Judas, incluido el que está al centro.

Mientras Carlos Alberto proclamaba que su candidatura era "la voz del pueblo", yo observaba a los verdaderos dueños de esa voz: los poderes fácticos que lo rodeaban, lo sostenían y, llegado el momento, cobrarían con intereses su inversión.

Esa noche, durante la cena de celebración, Carlos Alberto propuso un brindis que resumía perfectamente la filosofía de aquella extraña simbiosis:

—Por nosotros, que no somos los políticos que México merece... ¡sino los que sabe utilizar!

Las copas chocaron entre risas cómplices. Y yo, mientras fingía sonreír, me pregunté en qué momento exacto habíamos normalizado que la política no fuera el arte de servir al pueblo, sino el de servirse de él con la complicidad de aquella fauna de alimañas.

Lo que ninguno de los presentes sospechaba es que Carlos Alberto ya tenía la mirada puesta más allá de la diputación. Para sus planes futuros necesitaría nuevos aliados, más poderosos, más influyentes. Y para conseguirlos, estaba dispuesto a sacrificar a varios de los que esa noche brindaban con él.

En política, como en la selva, las alianzas son temporales y la lealtad dura exactamente lo que tarda en aparecer una mejor oferta.

CAPÍTULO 8

La campaña de las mil mentiras

Estrategias probadas para ganar sin convencer

La campaña para diputado federal de Carlos Alberto Cadena Arvide arrancó con la misma elegancia con que un buitre se lanza sobre un animal agonizante: sin disimulo y con hambre atrasada.

Por aquellos días, yo ya había ascendido —o descendido, dependiendo de la escala moral que uno use— a Coordinador General de Campaña. Un título rimbombante que, en esencia, significaba "cómplice en jefe" de la más elaborada estafa electoral que el distrito hubiera presenciado jamás.

CACA había alquilado todo un piso en el edificio más pretencioso de la ciudad, una estructura de cristal y acero que desentonaba con el resto del pueblo como un Rolex en la muñeca de un campesino. "La imagen es inversión, no gasto," repetía mientras firmaba cheques que duplicaban el tope de campaña oficial.

En la primera reunión estratégica, nos reunimos los integrantes del "equipo elite": un publicista traído de la capital con fama de resucitar candidatos muertos, dos encuestadores gemelos cuya especialidad era fabricar números favorables, un sociólogo especialista en "segmentación de

promesas" (el arte de prometer cosas distintas a diferentes grupos sin que se note la contradicción), y yo, el cronista involuntario de aquella farsa.

—La campaña moderna —explicó Carlos Alberto mientras dibujaba círculos en un pizarrón electrónico— es como un restaurante de comida rápida: no vendes nutrición, vendes la ilusión de satisfacción inmediata. Y al igual que con una hamburguesa, lo importante no es la carne, sino la presentación y los condimentos.

El publicista, un tipo con lentes de pasta y corbatas tan estridentes como sus ideas, asintió entusiasmado:

—Exactamente. El electorado no quiere verdades, quiere narrativas. No quiere soluciones reales, quiere sentir que alguien se preocupa por sus problemas aunque no vaya a resolverlos.

El plan de campaña que emergió de aquella reunión podría resumirse como "El manual del perfecto embaucador electoral". Lo llamamos internamente "Operación Espejismo", un nombre que, en un raro ataque de honestidad, describía perfectamente la esencia de lo que planeábamos.

La primera fase era "La construcción del personaje". Carlos Alberto necesitaba transformarse de un simple trepador oportunista a un estadista en potencia. La metamorfosis comenzó con un cambio de imagen radical: dejó crecer sus canas en las sienes ("Da imagen de experiencia," aconsejó el publicista), cambió sus trajes brillosos por unos de corte sobrio ("Menos cantante de cumbia, más hombre de Estado"), y practicó durante horas un nuevo modo de hablar, más pausado y con un tono grave que simulaba reflexión profunda.

—¿No crees que es demasiado obvio? —le pregunté mientras lo veía ensayar frente al espejo gestos que pretendían transmitir preocupación sincera—. Te conocen en el distrito.

—Te equivocas, mi querido Jacinto —respondió sin dejar de practicar una sonrisa contenida que había visto en un político estadounidense—. La gente no conoce a sus políticos; conoce la versión que los medios les presentan. Y los medios mostrarán lo que les paguemos para mostrar.

La segunda fase era "La fabricación del discurso". Para esto, contratamos a un lingüista que creó lo que él llamaba "discursos camaleónicos": estructuras verbales que podían significar cualquier cosa dependiendo de quién las escuchara.

—El truco —explicaba el lingüista mientras mostraba en una presentación de PowerPoint sus creaciones— está en usar palabras con alta carga emotiva pero bajo contenido específico: "cambio profundo", "verdadera transformación", "compromiso inquebrantable", "desarrollo sostenible". Son como trajes que le quedan bien a cualquiera.

Carlos Alberto memorizó un repertorio de frases que podían aplicarse a cualquier situación:

"No es tiempo de promesas vacías, es tiempo de compromisos reales." (Sin especificar cuáles). "Mi único interés es servir a la gente." (Sin aclarar cómo). "Hagamos juntos el cambio que merecemos." (Sin definir qué cambio ni por qué lo merecíamos).

Estas frases, repetidas con diferentes entonaciones según el público, se convirtieron en el esqueleto de todos sus discursos. Luego, simplemente se añadían promesas específicas según el auditorio: escuelas para los maestros, carreteras para los transportistas, subsidios para los campesinos, seguridad para los comerciantes.

—¿Y cómo vamos a cumplir todo eso? —pregunté ingenuamente durante una sesión de planeación.

—La pregunta correcta —me corrigió el sociólogo mientras comía cacahuates— no es cómo vamos a cumplir, sino cómo vamos a justificar no cumplir. Y para eso tenemos el manual de excusas post electorales.

Dicho manual, un documento interno de 47 páginas, catalogaba todas las posibles justificaciones para el incumplimiento de promesas: desde el clásico "no nos dejó la oposición" hasta el sofisticado "priorizamos estratégicamente los recursos en función de un análisis costo-beneficio social" (que traducido significaba "gastamos donde nos dio la gana").

La tercera fase, quizás la más cínica, era "La guerra sucia selectiva". No bastaba con construir una imagen positiva; había que destruir al adversario. Para esto, contratamos a un ex agente de inteligencia reconvertido en "investigador político" cuya especialidad era encontrar —o fabricar, según la necesidad— trapos sucios del oponente.

El principal contendiente era el profesor Ramírez, un hombre honesto hasta la ingenuidad que llevaba 30 años dando clases en la universidad local y que había entrado a la contienda con la ilusión de "hacer política de verdad". Su lema era "Por una política de principios", lo que demostraba su absoluta falta de comprensión del sistema.

—Este tipo es peligroso —dijo Carlos Alberto durante una reunión estratégica—. No porque pueda ganarnos, sino porque hace que la gente piense que otra forma de hacer política es posible. Hay que neutralizarlo.

La operación contra Ramírez fue quirúrgica: primero, infiltramos a un "estudiante" en sus clases que grabó fragmentos de sus explicaciones sobre marxismo (parte del programa oficial de Teoría Política). Luego, editamos esos fragmentos para que pareciera que estaba adoctrinando a los alumnos. Finalmente, financiamos un "colectivo ciudadano preocupado" que denunció al profesor como "radical extremista".

La cereza del pastel fue cuando, tres semanas antes de la elección, aparecieron pintas en toda la ciudad que vinculaban a Ramírez con grupos subversivos. Nadie podía probar quién había ordenado las pintas, pero todos los dedos apuntaban a nosotros. Carlos Alberto, por supuesto, se mostró "profundamente preocupado por estas acusaciones graves" y pidió

públicamente "una investigación imparcial", sabiendo perfectamente que dicha investigación nunca llegaría a nada.

—Pero este hombre tiene familia, hijos —comenté una noche, mientras veíamos en las noticias cómo el profesor daba una rueda de prensa desesperada negando acusaciones que jamás podría desmentir del todo.

—Y gracias a nosotros, está aprendiendo a protegerlos —respondió Carlos Alberto sin apartar la vista de la televisión—. Le estamos haciendo un favor. En política, la ingenuidad es un lujo que se paga caro.

El cuarto componente de nuestra estrategia era la "Operación Multiplicación de Panes y Peces", nombre en clave para la compra masiva de votos disfrazada de programas sociales. El mecanismo era simple pero efectivo: identificábamos colonias con alto rezago social, organizábamos "jornadas de apoyo" donde regalábamos desde despensas hasta láminas para techos, tomábamos los datos de los beneficiarios y luego, una semana antes de la elección, los visitábamos para "recordarles el apoyo recibido".

El sistema estaba tan bien aceitado que incluso habíamos desarrollado un código de color para clasificar a los votantes: verde para los comprometidos, amarillo para los indecisos y rojo para los opositores. Los verdes recibían más apoyos; los amarillos, una presión especial; y los rojos, visitas intimidatorias de "inspectores municipales" que casualmente encontraban irregularidades en sus negocios o propiedades.

La maquinaria funcionaba con precisión alemana. Cada promotor del voto controlaba 50 electores, cada coordinador de zona supervisaba a 10 promotores, y cada jefe regional dirigía a 5 coordinadores. Así, con solo 20 personas en la cúspide, controlábamos el voto de 50,000 ciudadanos. Una pirámide de manipulación que haría sonrojar a los faraones egipcios.

El día de la elección fue un despliegue logístico comparable a una operación militar. Camionetas transportando votantes desde el amanecer, "tacos" (personas que votan múltiples veces con credenciales falsas), representantes de casilla comprados, y el plato fuerte: la alteración selectiva de actas en distritos clave.

Cuando los primeros resultados comenzaron a llegar al "cuarto de guerra" —un salón de hotel con 20 computadoras y pantallas gigantes—, Carlos Alberto bebía champagne con una tranquilidad pasmosa.

—¿No estás nervioso? —le pregunté mientras veíamos los números preliminares que nos daban solo una ligera ventaja.

—¿Nervioso? —sonrió mientras servía otra copa—. ¿Por qué habría de estarlo? Los resultados finales ya estaban escritos antes de que abrieran las casillas.

Efectivamente, a medianoche, cuando llegaron las actas de las zonas rurales (las últimas en contabilizarse y las más fáciles de manipular), nuestra ventaja se disparó mágicamente hasta alcanzar un cómodo 12% sobre el ingenuo profesor Ramírez.

La fiesta de victoria en el hotel más lujoso de la ciudad fue un monumento al derroche. Mientras cientos de acarreados bebían refrescos y comían antojitos en el estacionamiento, en el salón principal corría el whisky importado entre políticos, empresarios y los verdaderos arquitectos de aquella victoria: operadores, mapacheros y estrategas de la mentira.

Carlos Alberto, ya entrada la madrugada y con varios whiskies encima, me abrazó con esa falsa camaradería que da el alcohol.

—¿Sabes qué es lo más hermoso de todo esto, Jacinto?

—Ilumíname —respondí, también bastante bebido.

—Que mañana todos los periódicos hablarán del 'triunfo de la democracia'. Esa es la mentira más grande, la madre de todas las mentiras: que esto que hacemos tenga algo que ver con la democracia.

Se rio con una carcajada que tenía más de aullido que de risa humana, y levantó su copa:

—¡Por las mil mentiras que nos llevaron aquí, y por las diez mil que necesitaremos para seguir subiendo!

Todos brindaron entusiasmados mientras yo contemplaba aquella escena que se repetiría, con ligeras variaciones, en cada rincón del país cada tres años. La campaña de las mil mentiras había terminado, pero solo para dar paso a una nueva etapa: gobernar con otras mil.

Y mientras Carlos Alberto recibía su constancia de mayoría tres días después, con la solemnidad de quien recibe un Nobel, yo no podía evitar preguntarme cuántas generaciones más seguirían cayendo en las mismas trampas, creyendo las mismas promesas y alimentando la misma maquinaria de cinismo institucionalizado.

Porque la verdadera tragedia no era que existieran políticos como Carlos Alberto Cadena. La verdadera tragedia era que su manual de estrategias probadas para ganar sin convencer funcionara una y otra vez, con la misma eficacia demoledora, en un país que parecía condenado a repetir eternamente la misma función de teatro absurdo, con diferentes actores pero idéntico guion.

El ahora Diputado Federal Electo Carlos Alberto Cadena Arvide ya miraba, con esa mezcla de ambición y cálculo frío que lo caracterizaba, hacia su próximo objetivo: la senaduría. Un escalón más en su ascenso imparable, pavimentado con mentiras, trampas y la complicidad de un sistema que premia a quienes mejor saben explotar sus vicios.

Y yo, su cronista y cómplice, seguiría a su lado, mitad por inercia, mitad por esa mórbida fascinación de quien presencia un accidente en cámara lenta y no puede apartar la mirada, aun sabiendo que el desenlace será catastrófico para todos los involucrados.

CAPÍTULO 9

El arte de gobernar saqueando (sin dejar huellas)

Lecciones de gestión pública impartidas por los mejores pillos

La Cámara de Diputados —o "La Cueva de los 40 Ladrones" como la llamaba Carlos Alberto con sorprendente sinceridad cuando estábamos en confianza— resultó ser el entorno perfecto para que nuestro protagonista refinara sus habilidades depredadoras. Como el tiburón que evoluciona sus sentidos para detectar una gota de sangre a kilómetros, CACA desarrolló un olfato sobrenatural para identificar donde había dinero público susceptible de ser "reorientado".

Su llegada a San Lázaro coincidió con la discusión del presupuesto federal, ese momento mágico donde los legisladores súbitamente descubren vocaciones matemáticas y habilidades contables previamente insospechadas. Mientras el país entero se distraía con algún escándalo fabricado ex profeso (un video sexual de algún famoso, la captura de un narcotraficante de medio pelo, o el berrinche de alguna estrella pop), en los pasillos del Congreso se llevaba a cabo la verdadera función: el reparto del botín nacional.

Como flamante asesor legislativo (otro eufemismo para "cómplice técnico"), yo asistía a reuniones donde se decidía el destino de miles de millones de pesos con la misma frivolidad con que se escoge el menú de una boda. Mi oficina, un cubículo austero adjunto al fastuoso despacho de Carlos Alberto, se había convertido en una especie de sala de planificación para lo que él llamaba "proyectos de inversión estratégica personal".

—El problema de la mayoría de los políticos —me explicó Carlos Alberto una tarde mientras revisábamos el proyecto de presupuesto— es que son demasiado obvios. Roban como si no hubiera mañana, sin finura, sin estrategia. Por eso terminan en la cárcel o exiliados en algún país con nombre de postre.

—¿Y cuál es la alternativa? —pregunté, ingenuo todavía a pesar de los años a su lado.

—La alternativa, mi querido Jacinto, es el arte de la sustracción invisible. —Sonrió mientras subrayaba una partida presupuestaria con un marcador dorado—. No se trata de robar mucho de un solo lugar, sino poco de muchos lugares.

Su primera lección magistral en el arte de gobernar saqueando fue lo que él llamaba "la técnica del rasuramiento presupuestal". El principio era simple: en lugar de desviar partidas enteras (lo cual encendería todas las alarmas), se aplicaban pequeños recortes a cientos de proyectos distintos. Un 3% aquí, un 5% allá, cantidades aparentemente insignificantes que, sumadas, formaban un río de recursos que desembocaba en el mar privado de sus cuentas.

Para ejecutar este plan, Carlos Alberto había creado una red de empresas fantasma tan elaborada que ni el mejor contador forense podría seguir el

rastro del dinero. El esquema implicaba compañías registradas a nombre de primos terceros, tíos políticos, amigos de la infancia y hasta una anciana que vendía tamales afuera de su antigua oficina en Loma Bonita (quien, por cierto, figuraba como dueña de una consultora especializada en "desarrollo de infraestructura portuaria" a pesar de que jamás había visto el mar).

—¿No es demasiado riesgoso? —pregunté mientras revisaba los papeles de incorporación de "Soluciones Integrales del Bajío", una empresa creada la semana anterior y que ya tenía asignado un contrato millonario para "servicios de capacitación".

—El riesgo está en la simplicidad —respondió mientras firmaba distraídamente unos documentos—. Los auditores buscan conexiones directas, líneas rectas. Nosotros trabajamos con laberintos y círculos concéntricos. Cuando el dinero ha pasado por quince empresas distintas en tres países diferentes, se vuelve prácticamente imposible rastrear su origen.

La segunda lección en su manual del saqueo elegante era lo que él denominaba "el arte de la sobrefacturación creativa". No se trataba simplemente de inflar costos (eso lo hace cualquier funcionario de tercera categoría), sino de elevar la práctica a niveles casi artísticos.

—Observa y aprende —me dijo mientras revisábamos el proyecto para remodelar las oficinas de la Comisión que presidía—. Un inodoro normal cuesta 2,000 pesos, pero un "sistema higiénico de última generación con eficiencia ecológica optimizada" puede costar 50,000. Es exactamente el mismo inodoro, pero con un nombre que suena a nave espacial.

Este principio se aplicaba a todo: desde clips hasta construcciones enteras. No era simplemente papel, sino "material celulósico para documentación oficial". No eran sillas, sino "sistemas ergonómicos de posicionamiento laboral". El lenguaje se convertía así en cómplice del desfalco, disfrazando lo ordinario de extraordinario para justificar precios estratosféricos.

La tercera técnica era quizás la más perversa: "la obra pública fantasma escalonada". El procedimiento era diabólicamente simple: se anunciaba una obra importante (una carretera, un hospital, una escuela), se iniciaba con gran pompa, se construía el 30% y luego se declaraba algún "imprevisto técnico" que obligaba a pausar el proyecto. Un año después, se anunciaba la "reactivación" de la obra como si fuera nueva, se captaba más presupuesto, se avanzaba otro 15% y se repetía el ciclo.

—El genio está en que la misma obra incompleta puede ordeñarse durante tres administraciones distintas —explicaba mientras visitábamos un hospital que llevaba ocho años en construcción y apenas tenía los cimientos y un par de paredes—. Cada nuevo funcionario la anuncia como propia, cada nuevo presupuesto contempla el "rescate" del proyecto, y cada nuevo contratista (casualmente siempre relacionado con nosotros) cobra como si empezara desde cero.

Los ciudadanos, acostumbrados a ver anuncios espectaculares de "próximamente aquí" que amarilleaban con los años, habían normalizado este fenómeno hasta verlo como parte inevitable del paisaje urbano, igual que los baches o los perros callejeros.

Pero quizás la lección más sofisticada en esta cátedra de pillaje institucional era lo que Carlos Alberto llamaba "el método de la transparencia opaca". Consistía básicamente en inundar los portales de transparencia con tanta información, tanto detalle irrelevante y tantos anexos técnicos impenetrables, que encontrar datos comprometedores resultaba tan difícil como hallar una aguja en un pajar... de agujas.

—La mejor manera de esconder algo no es ocultarlo, sino exhibirlo entre miles de cosas idénticas —filosofaba mientras aprobaba la publicación de un informe de 3,000 páginas sobre el uso de recursos públicos—. Los auditores tienen tiempo limitado y recursos escasos. Si les das un documento de 50 páginas, lo revisarán con lupa. Si les das uno de 3,000, apenas leerán el resumen ejecutivo.

Como presidente de la Comisión de Infraestructura, Carlos Alberto tenía acceso privilegiado a información sobre futuros desarrollos urbanos, lo que le permitía implementar otra de sus técnicas favoritas: "la especulación informada". Compraba terrenos (a través de prestanombres, por supuesto) en zonas donde sabía que pasarían carreteras o se construirían instalaciones gubernamentales, para luego venderlos al Estado a precios multiplicados por diez.

—No es tráfico de influencias —aclaraba con una sonrisa cínica cuando le cuestionaba estas prácticas—. Es simplemente aprovechar mi conocimiento del mercado. Como cuando compras acciones porque sabes que van a subir.

—Pero tú mismo decides cuáles suben —le respondía, ya sin la indignación de los primeros años, más bien con resignada fascinación.

—Exacto. Es la versión política del arbitraje. Hay quien nace con talento para la música, otros para los deportes. Yo nací con talento para identificar dónde el dinero público puede convertirse en privado sin que nadie pueda probarlo.

A mitad de su periodo como diputado, Carlos Alberto ya había acumulado una fortuna discreta pero considerable. Nada de mansiones ostentosas ni autos deportivos (esos errores los cometían los novatos). Su riqueza se materializaba en inversiones diversificadas: apartamentos en Madrid registrados a nombre de una empresa panameña, acciones en fondos de inversión suizos, y pequeñas propiedades repartidas por todo el país que, en conjunto, formaban un imperio inmobiliario.

Su esposa, Dolores (a quien todos llamaban Lolita), una ex reina de belleza municipal con aspiraciones de jet-set, había desarrollado un talento particular para gastar ese dinero de manera que pareciera legítimo. No compraba joyas en México, sino durante "viajes culturales" a París. No

adquiría obras de arte directamente, sino a través de subastas benéficas organizadas casualmente por amigos íntimos. No conducía un Porsche, pero sí un "vehículo para actividades de campo" que costaba lo mismo pero no levantaba sospechas.

Las fiestas en su departamento de la Ciudad de México (oficialmente alquilado, realmente comprado a través de una fundación cultural controlada por su cuñado) eran ejercicios magistrales de opulencia discreta. Nada tan vulgar como champaña Dom Pérignon; preferían vinos exclusivos de pequeñas bodegas europeas que solo los verdaderos conocedores podían valorar (y costear). Los canapés no eran de caviar, sino de "productos artesanales de cooperativas locales" que casualmente costaban su peso en oro.

—El nuevo rico exhibe su dinero; el político inteligente lo camufla como buen gusto —me explicó Lolita una noche, mientras servía en platos de cerámica aparentemente rústicos (pero hechos por un artista japonés cuyos trabajos se exponían en el MoMA) un guiso que parecía comida típica mexicana pero cuyos ingredientes habían sido importados de tres continentes distintos.

Hacia el final de su gestión como diputado, Carlos Alberto había perfeccionado tanto su sistema que podía desviar recursos sin siquiera firmar un documento comprometedor. Todo funcionaba a través de entendimientos tácitos, favores mutuos y una red de complicidades tan bien tejida que resultaba virtualmente imposible de desmontar.

En una memorable ocasión, durante una comida con otros diputados de su comisión, uno de los legisladores más jóvenes e idealistas (especie en peligro de extinción en el Congreso) cuestionó la asignación de 300 millones de pesos a una constructora sin experiencia previa para un proyecto vial.

—Me preocupa que estemos aprobando contratos a empresas sin historial comprobable —dijo el joven, con esa ingenuidad propia de quien aún no entiende las reglas no escritas del sistema—. ¿No deberíamos revisar sus credenciales más a fondo?

Un silencio incómodo cayó sobre la mesa. Carlos Alberto, lejos de molestarse, sonrió paternalmente y colocó una mano sobre el hombro del muchacho.

—Tu preocupación te honra, colega. De hecho, propongo que formemos un subcomité especial para revisar todas las asignaciones similares. Y creo que nadie mejor que tú para encabezarlo.

Los demás comensales intercambiaron miradas cómplices. Todos sabían lo que significaba: el joven idealista pasaría los próximos meses ahogado en papeles, revisando documentación infinita, elaborando informes que nadie leería y, para cuando terminara, el dinero ya habría sido gastado, las comisiones cobradas y cualquier irregularidad sepultada bajo toneladas de burocracia.

Esa misma noche, mientras cenábamos en un discreto restaurante japonés, Carlos Alberto reflexionó sobre el incidente:

—¿Sabes cuál es la diferencia entre un político honesto y uno corrupto, Jacinto?

—Ilumíname —respondí, ya acostumbrado a sus disertaciones filosóficas sobre la moral elástica de la política mexicana.

—El tiempo —sentenció mientras saboreaba un nigiri de otoro—. El honesto aún no ha entendido cómo funciona el sistema. El corrupto ya lo comprendió y se adaptó. Es pura selección natural darwiniana. En este ecosistema, la honestidad es una desventaja evolutiva.

—¿Y no te preocupa que algún día todo esto salga a la luz? —pregunté, pensando en los cada vez más frecuentes escándalos de corrupción que salpicaban los titulares.

Carlos Alberto bebió un sorbo de sake y respondió con una tranquilidad pasmosa:

—Los que caen cometen siempre el mismo error: confunden el arte de gobernar saqueando con el simple robo. El ladrón toma lo que no es suyo; el político hábil transforma lo público en privado a través de mecanismos legales o, al menos, imposibles de rastrear. No es lo mismo robar que "estructurar operaciones financieras complejas con recursos de procedencia gubernamental".

A medida que se acercaba el fin de su gestión como diputado, Carlos Alberto ya preparaba el terreno para su siguiente paso: la candidatura al Senado. Para ello, necesitaba presentar logros tangibles, algo que pudiera mostrar a sus electores como prueba de su eficacia legislativa.

La solución fue brillante en su simplicidad: creó el "Programa Especial de Infraestructura para el Desarrollo Regional", una iniciativa que canalizaba recursos federales directamente a su estado. En papel, el programa financiaría carreteras, hospitales y escuelas. En la práctica, era un mecanismo para bombear dinero público hacia contratistas amigos que, a su vez, financiarían su próxima campaña.

—Lo genial —me explicó mientras firmaba la iniciativa— es que aunque solo se construya la mitad de lo prometido, seguirá siendo más de lo que cualquier otro diputado haya conseguido para la región. La gente no compara lo prometido con lo entregado; compara lo que reciben de ti con lo que reciben de los demás.

El día que presentó el programa en su distrito, ante una multitud de acarreados que portaban pancartas de agradecimiento impresas una hora antes, Carlos Alberto pronunció un discurso que resumía perfectamente su filosofía:

—No he venido a la política a contemplar los problemas, sino a resolverlos —proclamó con fingida pasión—. Y mientras otros se pierden en discusiones

ideológicas estériles, yo prefiero la contundencia de las obras concretas. Porque, como dice el dicho: "Obras son amores y no buenas razones".

Lo que no mencionó, por supuesto, es que esas obras costarían al erario el triple de su valor real, que muchas quedarían inconclusas, y que un generoso porcentaje regresaría a sus bolsillos a través de la intrincada red de empresas fantasma que había perfeccionado durante su gestión.

Mientras la multitud aplaudía y los medios locales (generosamente subsidiados) lo proclamaban como "el legislador que sí cumple", yo observaba la escena con una mezcla de asombro y resignación. Carlos Alberto había elevado la corrupción a un nivel casi artístico, transformando el saqueo en una disciplina con reglas, técnicas y estética propia.

Al terminar el evento, mientras regresábamos a la ciudad en su camioneta blindada (pagada, por supuesto, con fondos para "seguridad legislativa"), Carlos Alberto contemplaba satisfecho el paisaje de su distrito, ese territorio que consideraba más un feudo personal que una responsabilidad pública.

—¿Sabes qué es lo más triste, Jacinto? —dijo de repente, con uno de esos raros momentos de sinceridad que a veces tenía cuando estábamos solos.

—¿Qué?

—Que si realmente quisiéramos, podríamos transformar este país. Tenemos los recursos, la gente, la capacidad. Pero entonces... ¿dónde estaría la diversión? —sonrió, mitad en broma, mitad en serio—. Gobernar honestamente es como jugar dominó sin apostar: puede ser entretenido para algunos, pero le falta ese elemento de riesgo que hace que valga la pena.

Y mientras el sol se ponía sobre aquellas tierras que habían depositado sus esperanzas en un hombre que las traicionaba sistemáticamente, no pude evitar pensar que Carlos Alberto Cadena Arvide no era una anomalía del sistema político mexicano, sino su producto más refinado, su expresión más pura.

El arte de gobernar saqueando no era simplemente una habilidad que él había desarrollado; era el propósito mismo de su existencia política. Y lo más aterrador no era su destreza para ejecutarlo, sino la naturalidad con que todo el sistema lo aceptaba, lo normalizaba y, en el fondo, lo recompensaba.

Porque en el carrusel de la política mexicana, los caballos que más alto llegan no son los más veloces ni los más fuertes, sino los que mejor aprenden a moverse en círculos sin marearse, siempre con la vista fija en el próximo botín, en el próximo cargo, en la próxima oportunidad de demostrar que gobernar y saquear no son actividades contradictorias sino, en la práctica, perfectos sinónimos.

CAPÍTULO 10

El escándalo como plataforma de relanzamiento

Por qué los escupitajos pueden convertirse en miel si se sabe girar el discurso.

Si existe un axioma inamovible en el universo político mexicano, es que los escándalos no destruyen carreras: las catapultan. Al menos cuando se tiene la desfachatez de Carlos Alberto Cadena Arvide, quien había desarrollado una relación casi amorosa con la infamia. Mientras políticos mediocres huían del escrutinio público, CACA se revolcaba en él como un cerdo en el fango: con deleite.

Su ascenso de diputado federal a flamante candidato al Senado había sido tan predecible como las goteras en un edificio gubernamental. Lo que nadie anticipó fue el espectacular escándalo que estalló tres meses antes de las elecciones, cuando el diario de mayor circulación nacional publicó documentos que vinculaban a empresas fantasma relacionadas con Carlos Alberto con contratos millonarios para obras que jamás se realizaron.

"CADENA DE CORRUPCIÓN", gritaba el titular a ocho columnas, con un juego de palabras tan obvio que hasta el más lerdo podía captarlo. Fotografías de edificios abandonados que supuestamente eran "centros comunitarios de última generación", testimonios de funcionarios menores que habían firmado autorizaciones bajo presión, y un diagrama tan complejo de empresas interconectadas que parecía más la representación del sistema nervioso humano que un esquema financiero.

Aquella mañana recibí una llamada a las 5:42. La voz de Carlos Alberto sonaba inusualmente alegre.

—Buenos días, cronista de mis hazañas. ¿Ya viste el periódico?

—Carlos, esto es grave —respondí mientras hojeaba la edición digital—. Tienen documentos, testimonios, fotografías...

—Es perfecto —interrumpió con un entusiasmo que me dejó helado—. Absolutamente perfecto. Reúne al equipo en La Escondida en una hora. Y trae donas. Será un día largo.

La Escondida era una casa en un fraccionamiento privado que usábamos para reuniones que requerían discreción absoluta. Cuando llegué, Carlos Alberto ya estaba ahí, en pantalones de ejercicio y una camiseta deportiva, como si se preparara para un partido de tenis y no para enfrentar el mayor escándalo de su carrera.

—Jacinto, mi fiel escudero —me saludó mientras servía café—. Hoy comienza la segunda fase de nuestra estrategia electoral.

—¿Segunda fase? —pregunté confundido—. Carlos, esto no es una fase, es una catástrofe. Tienen pruebas sólidas.

Carlos Alberto sonrió con esa expresión de suficiencia que reservaba para cuando sentía que era el único adulto en un cuarto lleno de niños.

—Mi querido Jacinto, después de tantos años a mi lado, ¿aún no has aprendido la primera ley de la política mexicana? El escándalo no es el problema; es la oportunidad.

A lo largo de la siguiente hora, mientras llegaban los demás miembros del equipo (el estratega de campaña, el publicista, el abogado y la nueva adquisición: una especialista en manejo de crisis que cobraba por hora lo que un maestro gana en un mes), Carlos Alberto expuso lo que él llamaba "El método del boomerang del escándalo", una técnica que había estado perfeccionando durante años.

—Todo escándalo político —explicó mientras dibujaba una curva en un pizarrón— sigue una trayectoria predecible: exposición, indignación, saturación y, finalmente, olvido. El truco está en acelerar el ciclo y, durante el proceso, reposicionar la narrativa.

El plan que delineó era tan cínico como brillante. En lugar de negar las acusaciones (error de principiante) o responder con tecnicismos legales (error de abogado), implementaríamos una estrategia en tres frentes simultáneos:

Primero, la "Operación Víctima del Sistema". Carlos Alberto se presentaría como un reformador perseguido por las "fuerzas oscuras del status quo" precisamente por atreverse a desafiarlas. No negaría directamente las acusaciones; las contextualizaría como "ataques orquestados por quienes temen el cambio verdadero".

Segundo, la "Táctica del Escándalo Mayor", que consistía en filtrar a medios amigos información sobre corruptelas mucho peores cometidas por sus adversarios políticos. "Los mexicanos tienen memoria corta y capacidad limitada de indignación", explicó Carlos Alberto. "Si les damos algo más jugoso por lo que enfadarse, olvidarán nuestro pequeño problema".

Tercero, y quizás lo más perverso, la "Estrategia de Capitalización Moral", donde transformaríamos el escándalo en una plataforma para un discurso renovado de transparencia y honestidad. "Nadie es más feroz contra el pecado que el pecador redimido", sentenció con una sonrisa lobuna.

—Pero, ¿no es exactamente lo contrario de lo que hemos hecho? —pregunté, incapaz de contener mi asombro ante tal desfachatez.

—Precisamente, Jacinto. La política no trata sobre ser consistente; trata sobre parecer convincente en el momento presente. El pasado es maleable y el futuro es una promesa que siempre se puede romper.

La primera aparición pública de Carlos Alberto tras el escándalo fue una obra maestra de manipulación emocional. Convocó una rueda de prensa no en un hotel lujoso, como era su costumbre, sino en una modesta escuela primaria de un barrio popular (cuya directora, casualmente, era prima de su chofer y había recibido generosas "donaciones" para mejoras que nunca se materializaron).

Llegó sin corbata, con un traje sencillo y deliberadamente sin peinar del todo, proyectando una imagen de hombre abrumado pero digno. A su lado, como escudo humano, había colocado a tres ancianas beneficiarias de uno de sus programas sociales (que existía principalmente en papel) y a dos niños con discapacidad (cuyos padres habían recibido cada uno un sobre con cinco mil pesos antes del evento).

Con los ojos ligeramente humedecidos —gracias a unas gotas irritantes aplicadas estratégicamente minutos antes— Carlos Alberto ofreció un discurso que debería enseñarse en las facultades de ciencias políticas como ejemplo supremo de inversión de la realidad:

—Amigos, compatriotas —comenzó con voz ligeramente quebrada—. Hoy comparezco ante ustedes no como político, sino como un ser humano dolido. Dolido porque aquellos que temen el cambio verdadero han decidido atacar, no mis ideas, sino mi honor.

Hizo una pausa dramática, tomó agua lentamente, y continuó:

—Sí, he cometido errores. Mi único error ha sido confiar demasiado. Confiar en un sistema que castiga a quienes desafiamos los privilegios de siempre. Confiar en funcionarios que, ahora veo, fueron colocados a mi alrededor para sabotear mis esfuerzos por traer prosperidad a las comunidades olvidadas.

En este punto, una de las ancianas, conmovida genuinamente (o quizás por la promesa de una pensión vitalicia), sollozó audiblemente, proporcionando la banda sonora perfecta para el momento.

—Podrán atacarme a mí, podrán intentar destruir mi reputación, pero jamás podrán destruir mi compromiso con los que menos tienen.

Y entonces ejecutó el movimiento maestro: en lugar de defenderse de las acusaciones específicas, elevó el discurso a un plano casi místico:

—Este ataque no es contra Carlos Alberto Cadena. Es un ataque contra todos ustedes, contra sus sueños, contra la posibilidad de un México donde el poder realmente sirva al pueblo y no a los intereses creados.

Para el momento en que terminó su discurso, prometiendo una "cruzada renovada por la transparencia" y anunciando la creación de una "comisión ciudadana independiente" para vigilar el uso de recursos públicos (comisión que, por supuesto, él mismo estructuraría con incondicionales), la narrativa había cambiado completamente. Ya no era un político corrupto atrapado con las manos en la masa; era un reformador atacado por atreverse a desafiar al sistema.

—¿Viste eso? —me dijo exultante mientras regresábamos en su camioneta —. De acusado a acusador en cuarenta minutos. Un nuevo récord personal.

—Impresionante —admití, genuinamente asombrado por su capacidad para retorcer la realidad—. Pero seguramente la prensa crítica señalará que no respondiste a ninguna acusación concreta.

—Ah, para eso está la fase dos —sonrió mientras revisaba mensajes en su teléfono—. Mañana a primera hora estallará un escándalo mucho más jugoso involucrando al candidato opositor. Algo con menores de edad y una granja en Hidalgo. Todo fabricado, por supuesto, pero para cuando se demuestre falso, el daño ya estará hecho y, lo más importante, mi caso parecerá una infracción de tránsito en comparación.

La maquinaria funcionó con precisión quirúrgica. Durante las siguientes semanas, México fue testigo de una cascada de escándalos cada cual más escandaloso que el anterior. Como había predicho Carlos Alberto, el "CadenaGate" (como lo bautizó la prensa) pronto fue desplazado de los titulares por revelaciones más escandalosas, la mayoría semi plantadas por nuestro equipo.

Mientras tanto, Carlos Alberto implementaba la tercera fase de su estrategia: la capitalización moral del escándalo. De la noche a la mañana, el hombre que había perfeccionado el arte del saqueo público se transformó en el paladín de la transparencia. Presentó una iniciativa para "reformar integralmente" el sistema de contrataciones públicas (con lagunas tan evidentes que sólo un ciego no vería que estaban diseñadas para ser explotadas). Organizó foros sobre ética política (donde, irónicamente, los panelistas recibían "honorarios de consultoría" estratosféricos). Incluso publicó un libro titulado "Regeneración Pública: El México que Merecemos" (escrito por un ghostwriter y con frases tan vacías como sonoras).

El punto culminante de esta transformación ocurrió dos semanas antes de la elección, cuando Carlos Alberto apareció en el programa de entrevistas más visto del país. El conductor, famoso por su "dureza", lo recibió con una batería de preguntas aparentemente incómodas que, casualmente, habían sido negociadas previamente durante una comida regada con whisky de 30 años.

—Se le acusa de desviar más de 300 millones de pesos —espetó el periodista con fingida severidad—. ¿Cómo responde a eso?

Carlos Alberto, vestido con un traje azul oscuro elegido específicamente porque estudios de imagen indicaban que transmitía "honestidad", respondió con una humildad tan falsa como sus declaraciones patrimoniales:

—Mira, Juan —usó deliberadamente el nombre de pila del entrevistador para crear sensación de cercanía—. Cuando uno implementa programas innovadores que desafían intereses creados, aparecen estas acusaciones. ¿Hubo errores administrativos? Posiblemente. ¿Hubo mala fe de mi parte? Absolutamente no.

—Pero hay documentos que lo vinculan directamente con empresas fantasma —insistió el periodista, siguiendo el guion al pie de la letra.

—Juan, permíteme explicarlo de manera que todos entiendan —respondió con tono didáctico—. Cuando buscas llevar desarrollo a comunidades

olvidadas, a veces debes trabajar con empresas locales que no tienen la sofisticación administrativa de las grandes corporaciones. ¿Significa eso que son "fantasmas"? No. Significa que nuestro sistema burocrático está diseñado para privilegiar a los grandes y castigar a los pequeños.

Y entonces, ejecutó la jugada maestra que habíamos ensayado durante horas:

—Pero sabes qué, Juan? Este doloroso episodio me ha enseñado una lección invaluable. He comprendido que no basta con tener buenas intenciones; hay que transformar el sistema desde sus cimientos. Por eso, si los ciudadanos me honran con su confianza como Senador, mi primera iniciativa será una Ley de Transparencia Total, que obligue a todos los funcionarios, empezando por mí, a someterse a un escrutinio sin precedentes.

El giro era tan absurdo que rayaba en lo sublime: el mismo hombre que había elevado la opacidad a niveles artísticos se presentaba ahora como el campeón de la transparencia.

Para mi sorpresa (aunque no para la de Carlos Alberto, que conocía el alma humana en sus aspectos más manipulables), la estrategia funcionó de manera espectacular. Las encuestas, que habían mostrado una caída pronunciada tras el escándalo inicial, comenzaron a recuperarse hasta superar los niveles previos.

—Te lo dije —me comentó una noche, mientras celebrábamos los números favorables con coñac en su despacho—. El mexicano promedio no quiere políticos perfectos; quiere políticos que sepan caer y levantarse con estilo. El escándalo me humanizó. Antes era un político más; ahora soy una historia de redención.

—Es casi admirable —confesé, genuinamente impresionado por la alquimia social que había presenciado—. Convertiste el plomo en oro.

—No, Jacinto —me corrigió con una sonrisa satisfecha—. Convertí la mierda en perfume. Y esa es la verdadera magia de la política moderna.

La noche de la elección, mientras los resultados confirmaban su victoria aplastante como Senador, Carlos Alberto reunió a su círculo íntimo en la suite presidencial del mejor hotel de la ciudad. Entre brindis y felicitaciones, me apartó hacia el balcón para una conversación privada.

—¿Sabes qué es lo verdaderamente hermoso de todo esto, Jacinto? —preguntó mientras contemplaba las luces de la ciudad que ahora sentía más suya que nunca.

—Ilumíname.

—Que funcionó exactamente como lo planifiqué desde el principio. El escándalo no fue un accidente; fue diseñado.

Lo miré estupefacto.

—¿Qué quieres decir?

—Filtré yo mismo los documentos al periódico —confesó con una calma perturbadora—. Claro, no directamente. Usé a un intermediario que creía estar traicionándome. Las empresas fantasma mencionadas eran reales, pero representaban apenas el 10% de mi operación verdadera. Eran sacrificables.

—Pero... ¿por qué arriesgarte así? —pregunté, genuinamente confundido.

Carlos Alberto bebió un sorbo de su brandy y explicó con la paciencia de un maestro ante un alumno particularmente lento:

—Porque necesitaba una plataforma de lanzamiento emocional. Las campañas basadas en propuestas son olvidables; las basadas en narrativas personales son imborrables. Un político atacado que se redime es infinitamente más poderoso que uno con un historial impecable. La cicatriz cuenta una historia que la piel perfecta jamás podrá narrar.

En ese momento comprendí la aterradora genialidad del hombre junto a mí. No solo había transformado un potencial desastre en triunfo; había creado deliberadamente el desastre para fabricar un triunfo mayor. El escándalo no había sido un obstáculo en su camino hacia el poder; había sido el vehículo mismo.

Mientras regresábamos a la fiesta, donde cientos de personas celebraban la victoria de un hombre al que creían conocer, Carlos Alberto se detuvo un momento y añadió con una sonrisa inquietante:

—Recuerda esto, Jacinto, porque será útil cuando escribas mis memorias algún día: en política, lo importante no es evitar que te escupan; es saber convertir esos escupitajos en miel antes de que toquen el suelo.

Y así, brindando por un futuro que él ya visualizaba con claridad meridiana, Carlos Alberto Cadena Arvide, flamante Senador de la República, demostraba que en el carrusel de la política mexicana, los escándalos no eran manchas en una carrera sino escalones hacia la cima. Una cima desde la cual ya contemplaba, con apetito insaciable, su próximo objetivo: la gubernatura.

Mientras lo observaba recibir felicitaciones de políticos, empresarios y celebridades que hacían fila para estrechar su mano, no pude evitar preguntarme cuántos de ellos reconocían la naturaleza del monstruo al que adulaban, y cuántos, sabiéndolo perfectamente, acudían precisamente por eso, como abejas atraídas no por la miel, sino por el hedor dulzón de la carroña moral que Carlos Alberto había convertido en su marca personal.

Porque en el fondo, su verdadera genialidad no radicaba en transformar los escándalos en plataformas de relanzamiento, sino en comprender que, en el ciénaga de la política nacional, lo verdaderamente escandaloso sería que alguien llegara al poder sin mancharse las manos. Esa sí sería una noticia digna de ocho columnas.

CAPÍTULO 11

El poder marea... y engorda

Cuando el protagonista descubre que ni su sombra alcanza para tanto trasero.

El día que Carlos Alberto Cadena Arvide tomó posesión como senador de la República, el Zócalo capitalino fue escenario de una pomposa caravana que más parecía coronación medieval que toma de protesta republicana. Desde mi posición privilegiada como su eterno cronista —o quizás su Judas sin treinta monedas—, presencié cómo un hombre nacido entre costales de frijol y azúcar se pavoneaba con la soberbia de un emperador romano de quinta.

El traje a medida importado de Milán (facturado como "material bibliográfico para consulta legislativa"), los gemelos de oro con sus iniciales (registrados como "distintivos institucionales"), y ese reloj suizo discreto pero obscenamente costoso (justificado como "instrumento de medición para eficiencia parlamentaria") componían la estampa perfecta del político mexicano en su apogeo: mitad estadista, mitad gánster.

—No me veas así, Jacinto —me dijo al notar mi mirada entre divertida y asqueada mientras saludaba con estudiada dignidad a la galería de senadores, muchos tan delincuentes como él pero con peor gusto para disimularlo—. El poder, como los buenos vinos, merece una copa adecuada.

Los primeros seis meses de Carlos Alberto en el Senado fueron una demostración magistral de lo que él mismo llamaba "la teoría gravitacional del poder": cuanto más alto llegas, menos esfuerzo necesitas para que las cosas caigan hacia ti. Como miembro de las comisiones de Infraestructura y Hacienda (posiciones que negoció a cambio de su lealtad incondicional al líder del partido), CACA tenía acceso privilegiado a los dos recursos más preciados en política: información sobre proyectos futuros y capacidad para influir en la asignación de presupuestos.

—En la cámara de diputados éramos carteristas —me explicó una tarde mientras firmaba distraídamente dictámenes que ni siquiera había leído—. Aquí somos diseñadores de sistemas completos de extracción patrimonial.

El cambio más notable en Carlos Alberto, sin embargo, no fue su creciente sofisticación para el pillaje institucionalizado, sino su transformación física. En menos de un año, su cuerpo experimentó una metamorfosis digna de estudio endocrinológico: la papada se duplicó, el vientre se expandió como masa de pan bien fermentada, y sus mejillas adquirieron ese brillo peculiar que solo otorgan las comidas de cinco tiempos regadas con vinos catalogados como "gastos de representación".

El poder no solo había mareado a Carlos Alberto; lo había engordado como a un cerdo de exposición.

—Es una cuestión de salud pública —bromeó cierta noche, mientras devoraba su tercer corte de carne en una cena con empresarios que

competían por financiar su próxima aventura política—. Si los mexicanos me vieran flaco pensarían que no estoy aprovechando bien mi posición.

La metamorfosis no era solo física. Su oficina en el Senado, inicialmente decorada con sobriedad institucional, fue mutando hasta convertirse en lo que él llamaba "un espacio acorde a la dignidad senatorial". Las litografías genéricas fueron reemplazadas por obras originales de artistas cotizados (obtenidas como "donaciones culturales" de empresarios necesitados de favores legislativos). Los muebles institucionales desaparecieron en favor de piezas de diseñador (adquiridas mediante una remodelación que costó al erario diez veces su valor real).

Incluso su forma de hablar cambió. El lenguaje directo y a veces vulgar que había utilizado durante años dio paso a una retórica ampulosa, plagada de cultismos mal empleados y referencias históricas imprecisas. No era que Carlos Alberto se hubiera vuelto repentinamente culto; simplemente había descubierto que la pedantería era la forma más eficaz de ocultar la vacuidad intelectual.

—Debemos transversalizar paradigmáticamente las políticas distributivas para optimizar la resiliencia social de los estamentos más vulnerabilizados —declaró en una sesión de comisiones, provocando asentimientos solemnes entre colegas que entendían tan poco como él lo que esas palabras significaban juntas.

Lolita, su esposa, experimentó una transformación aún más espectacular. La ex reina de belleza municipal que antes presumía su colección de bolsos "originales" comprados en la frontera, ahora no tocaba nada que no tuviera el respaldo de al menos dos siglos de tradición europea. Sus aspiraciones sociales, antes limitadas a aparecer en la sección de sociales del periódico local, ahora incluían ser invitada a tomar el té con embajadoras y conseguir que sus hijos fueran aceptados en internados suizos.

—La presentación es inversión, no gasto —repetía como mantra mientras supervisaba la remodelación de su residencia en Las Lomas, un casoplón neocolonial que habían adquirido a través de un fideicomiso tan opaco que ni el mejor forense financiero podría rastrear el origen de los fondos.

La relación entre Carlos Alberto y su cada vez más voluminosa anatomía alcanzó niveles cómicos cuando, durante una gira por su estado, intentó montar a caballo para una foto conmemorativa (idea de su nuevo asesor de imagen, obsesionado con proyectar "liderazgo y conexión con las raíces populares").

El pobre equino, un alazán de complexión normal, manifestó su desacuerdo republicano con un relincho de protesta cuando las posaderas senatoriales intentaron acomodarse sobre su lomo. Tras tres intentos fallidos y una silla de montar casi partida en dos, la sesión fotográfica tuvo que replantearse con Carlos Alberto parado junto al caballo, fingiendo una camaradería que el animal, evidentemente, no compartía.

—Los caballos siempre han sido elitistas —murmuró resentido mientras el fotógrafo intentaba encontrar un ángulo que disimulara la evidente incompatibilidad entre jinete y montura—. Por eso prefiero los vehículos con motor. Nunca te juzgan por lo que pesas, solo por lo que pagas.

El incidente del caballo, aunque anecdótico, ilustraba perfectamente el problema central del nuevo senador: su desconexión creciente con la realidad. Como las ranas que no perciben el aumento gradual de temperatura hasta que el agua hierve, Carlos Alberto no notaba cómo el poder lo estaba convirtiendo en una caricatura de sí mismo, en la personificación de todo lo que alguna vez había criticado cuando era un simple aspirante.

Esta desconexión se manifestó vívidamente durante una audiencia pública en su estado natal, organizada como parte de su estrategia para mantener la base electoral de cara a sus ambiciones por la gubernatura. Ante una audiencia de campesinos y trabajadores urbanos que esperaban soluciones a problemas reales, Carlos Alberto ofreció un discurso tan alejado de sus preocupaciones que bien podría haber estado hablando en sánscrito.

—La globalización nos impone retos paradigmáticos que debemos abordar desde una perspectiva holística y transversal —pronunció con grandilocuencia, mientras los asistentes intercambiaban miradas confusas.

Una mujer mayor, con el rostro curtido por décadas de trabajo bajo el sol, levantó tímidamente la mano.

—Señor senador, lo que queremos saber es cuándo van a arreglar la carretera que lleva tres años en construcción. No podemos sacar nuestras cosechas y los niños no pueden llegar a la escuela cuando llueve.

Carlos Alberto, visiblemente irritado por la interrupción a su perorata, respondió con esa condescendencia que solo otorga la combinación de poder y alejamiento de la realidad:

—Mi estimada señora, usted está abordando la problemática desde un micro enfoque excesivamente localista. Debemos elevar la conversación a marcos conceptuales más amplios.

—Lo que hay que elevar es el pavimento, que está hundido —replicó otro campesino, provocando risas en la audiencia.

Furioso por lo que consideraba una falta de respeto a su investidura, Carlos Alberto concluyó abruptamente la sesión alegando "compromisos ineludibles" y se retiró escoltado por su séquito cada vez más numeroso.

—Son unos ignorantes desagradecidos —masculló mientras subía a su camioneta blindada—. No entienden la complejidad de los procesos legislativos.

—O quizás tú has olvidado la simplicidad de sus necesidades —me atreví a comentar, ganándome una mirada que habría fulminado a cualquiera con menos años de complicidad a cuestas.

El distanciamiento de Carlos Alberto con la realidad se extendía también a su relación con el dinero. Tras años de acumulación sistemática, había perdido toda noción del valor real de las cosas. En cierta ocasión, durante un viaje oficial a Europa (justificado como "misión de estudio sobre prácticas parlamentarias comparadas", aunque pasamos más tiempo en boutiques y restaurantes que en parlamentos), lo acompañé a comprar una corbata en una exclusiva tienda milanesa.

—¿Tres mil euros por una corbata? —susurré escandalizado al ver la etiqueta.

—Es una inversión en imagen institucional —respondió con naturalidad mientras elegía el color—. Además, ni siquiera es de las caras.

Este desprendimiento financiero contrastaba grotescamente con su cicatería para asuntos públicos. El mismo hombre que no pestañeaba al gastar miles de euros en prendas personales, montaba en cólera cuando le presentaban presupuestos para programas sociales en su estado.

—¡Cincuenta millones para rehabilitar escuelas rurales! ¿Están locos? —estalló durante una reunión con su equipo estatal—. Con diez millones y una buena estrategia de prensa tenemos el mismo impacto mediático. El resto puede redirigirse a proyectos más... estratégicos.

"Estratégicos", en el vocabulario de Carlos Alberto, significaba invariablemente "susceptibles de desvío parcial".

Para su segundo año como senador, la metamorfosis física de CACA había alcanzado proporciones bíblicas. Sus trajes debían ser renovados cada tres meses, y su respiración se había convertido en un jadeo constante que sus asesores intentaban disimular alejando los micrófonos durante sus intervenciones públicas.

En un intento por contrarrestar su creciente volumen, contrató a un chef personal y un entrenador físico, no por salud sino por estética: sus ambiciones por la gubernatura exigían una imagen al menos moderadamente presentable. El chef preparaba elaborados menús supuestamente saludables que, por algún milagro culinario, seguían siendo pantagruélicos. El entrenador, por su parte, adaptaba las rutinas a las "circunstancias especiales" del senador, lo que en la práctica significaba ejercicios tan ligeros que apenas calificaban como movimiento voluntario.

—No entiendo por qué no bajo de peso —se quejaba Carlos Alberto mientras devoraba una "ensalada saludable" que, gracias a su aderezo especial y acompañamientos proteicos, contenía más calorías que una docena de tacos—. Hago todo lo que el nutriólogo recomienda.

—Quizás deberías considerar seguir sus recomendaciones también entre comidas —sugerí, observando cómo complementaba la ensalada con media docena de panecillos untados generosamente con mantequilla.

Me lanzó una mirada asesina mientras masticaba con la misma voracidad con que devoraba presupuestos públicos.

La expansión de Carlos Alberto no se limitaba a su físico. Su ego crecía a un ritmo aún más alarmante que su cintura. Lo que empezó como ambición había mutado en una megalomanía que rozaba lo patológico. Ya no bastaba con que lo llamaran "senador"; ahora sus colaboradores debían referirse a él como "señor senador licenciado". No era suficiente con que lo consultaran; exigía que sus opiniones fueran tratadas como verdades reveladas.

Este inflamiento del ego produjo situaciones tan ridículas como cuando ordenó que en todas las oficinas de enlace de su estado colocaran su retrato oficial, un óleo grotescamente idealizado donde aparecía esbelto, con cabello abundante y una mirada que pretendía ser estadista pero resultaba más bien constipada.

—Me parece excesivo —comenté mientras supervisábamos la instalación del primer retrato—. Pareces un dictador bananero.

—Es pedagogía cívica, Jacinto —respondió con irritante suficiencia—. El pueblo necesita símbolos de autoridad para comprender el concepto de Estado.

—Pero si ni siquiera te pareces.

—No se trata de parecido físico, sino de proyección simbólica del poder.

La cumbre de esta desconexión con la realidad ocurrió durante la boda de su hija mayor, Dulce María, un evento que Carlos Alberto concibió no como una celebración familiar sino como una demostración pública de su ascenso social y político. La ceremonia, celebrada en la catedral metropolitana (privilegio obtenido tras una generosa "donación para restauración" al arzobispado), fue seguida por una recepción para mil doscientos invitados en uno de los palacios virreinales del Centro Histórico.

El costo total del evento —pagado mediante un complejo entramado de "patrocinios" de empresas beneficiarias de contratos públicos— habría financiado un año completo de operación de todos los comedores comunitarios de su estado. Los arreglos florales importados de Holanda, el menú de cinco tiempos diseñado por un chef con estrellas Michelin, los vinos franceses de añadas excepcionales, la orquesta filarmónica para la ceremonia y tres grupos musicales internacionales para la fiesta, componían un espectáculo de derroche tan obsceno que incluso algunos de sus colegas senadores (no precisamente modelos de austeridad) comentaban entre dientes sobre el "exceso innecesario".

Carlos Alberto, embutido en un frac que luchaba heroicamente por contener su anatomía desbordada, se paseaba entre los invitados con la satisfacción de quien ha alcanzado la cima, ignorante de que estaba protagonizando exactamente el tipo de espectáculo que alimenta revoluciones.

—Esta boda pasará a la historia social del país —me comentó exultante mientras saludaba con gestos magnánimos a invitados cuyos nombres apenas recordaba.

—Sin duda será recordada —respondí, pensando en las imágenes del festín que ya circulaban en redes sociales, generando indignación entre los habitantes de un estado donde el 40% vivía en pobreza.

La metamorfosis de Carlos Alberto alcanzó su expresión máxima cuando, tras años de criticar ferozmente al partido gobernante, anunció con bombo y platillo su cambio de bancada, justificándolo como "una decisión basada en coincidencias programáticas y visión de Estado". La realidad, como siempre en su caso, era mucho más prosaica: el partido en el poder le había ofrecido la candidatura a gobernador, mientras que su antiguo partido pretendía someterlo a un proceso interno donde tendría que competir.

La conferencia de prensa donde anunció su conversión política fue un espectáculo de contorsionismo retórico. El mismo hombre que un año antes había declarado que el partido ahora abrazado "representa todo lo que está mal en la política mexicana", explicaba con cara solemne que "tras un profundo proceso de reflexión" había descubierto valores comunes y visiones compartidas.

Para celebrar su transfiguración partidista, organizó una comida privada en un exclusivo restaurante francés, donde reunió a su círculo más cercano. Ahí, liberado de las cámaras y con varios Château Lafitte en el cuerpo, reveló su verdadera motivación:

—La lealtad en política es como la virginidad —sentenció mientras atacaba sin misericordia su tercer postre—. Un concepto sobrevalorado y, en el fondo, limitante. Lo importante no es a quién eres leal, sino para qué.

—¿Y para qué eres leal ahora? —preguntó uno de sus asesores, ya bastante bebido.

—Para lo único que vale la pena serlo: la acumulación de poder —respondió con una franqueza que solo el alcohol y la soberbia podían producir—. Los partidos son vehículos, no destinos. Y yo siempre elijo el vehículo que me lleva donde quiero ir, no el que tiene los colores más bonitos.

Brindamos por su sinceridad desvergonzada, cómplices todos de un cinismo que ya ni siquiera intentaba disfrazarse de ideología.

En las semanas siguientes, la preparación para su precampaña a gobernador consumió toda su energía. Carlos Alberto había decidido que, como futuro mandatario estatal, necesitaba proyectar una imagen de "estadista con sensibilidad popular". El problema era que, tras años navegando exclusivamente en los círculos dorados del poder, había perdido toda capacidad para conectar genuinamente con la gente común.

Sus asesores de imagen, conscientes del problema pero demasiado cobardes para señalarlo directamente, organizaron sesiones de "inmersión social controlada": visitas cuidadosamente orquestadas a mercados previamente limpiados, encuentros con "ciudadanos comunes" (en realidad,

actores pagados) y recorridos por colonias populares donde, milagrosamente, nunca aparecían problemas reales.

Durante uno de estos ejercicios de simulación, ocurrió un incidente revelador. Visitábamos un mercado municipal cuando Carlos Alberto, en un intento por parecer cercano, decidió probar unos tacos en un puesto local. Las cámaras captaron el momento en que, tras dar un mordisco, su rostro se contrajo en una mueca de disgusto apenas disimulada.

—Están... interesantes —logró articular mientras buscaba desesperadamente dónde escupir discretamente el bocado.

Más tarde, ya en la privacidad de su camioneta, estalló:

—¡Por Dios! ¿Cómo puede la gente comer esa porquería? Sabía a sudor y axila.

—Es lo que come la mayoría de tus votantes —le recordé.

—Pues con razón están como están —respondió, ajeno a la ironía de que su propio sobrepeso no era precisamente resultado de privaciones gastronómicas.

A medida que su candidatura a la gubernatura tomaba forma, Carlos Alberto intensificó su presencia mediática. Su rostro, hinchado por el exceso y el poder, aparecía en espectaculares, periódicos y spots televisivos con eslóganes tan vacíos como su compromiso real: "Liderazgo que transforma", "Experiencia que da resultados", "El futuro tiene nombre".

Para quienes lo conocíamos desde sus inicios, resultaba casi cómico ver cómo aquel muchacho ambicioso pero relativamente normal se había transformado en una caricatura viviente del político mexicano estereotípico: obeso, grandilocuente, desconectado y con un sentido de impunidad tan desarrollado como su papada.

En una reveladora conversación privada, pocas semanas antes del arranque oficial de su campaña, Carlos Alberto me confesó algo que resumía perfectamente su trayectoria:

—¿Sabes qué es lo más gracioso, Jacinto? Que empecé en política porque quería ser alguien importante. Y ahora que todos me consideran importante, ya no recuerdo quién era yo antes de todo esto.

Bebió un sorbo de coñac y añadió con una lucidez sorprendente:

—El poder no solo marea; te borra. Te convierte en lo que crees que los demás esperan de ti. Y antes de que te des cuenta, ya no sabes dónde termina el personaje y dónde empieza la persona.

Por un momento, creí vislumbrar un atisbo de introspección genuina, quizás incluso de arrepentimiento. Pero el momento pasó tan rápido como había llegado. Carlos Alberto consultó su reloj (otro suizo, aún más obscenamente costoso que el anterior) y retomó su papel.

—Bueno, basta de filosofías baratas. Tenemos una gubernatura que ganar y un estado que... administrar.

La pausa antes de la última palabra dejaba claro que "administrar", en su vocabulario, seguía siendo un eufemismo para "exprimir".

Mientras lo veía coordinar con su equipo los últimos detalles de su estrategia electoral —un plan que combinaba demagogia, clientelismo y una generosa dosis de trampa—, no pude evitar pensar que Carlos Alberto Cadena Arvide había completado una metamorfosis perfecta: de aspirante hambriento a depredador saciado, de crítico del sistema a su más acabada encarnación.

El poder lo había mareado, engordado, transformado. Su sombra, literal y metafóricamente, ya no alcanzaba para cubrir lo que se había convertido: un monumento viviente a todos los vicios de la política mexicana, envuelto en trajes italianos cada vez más amplios y discursos cada vez más huecos.

Y lo verdaderamente aterrador no era su transformación personal, sino que el sistema no solo la permitía, sino que la recompensaba. Porque en el carrusel de la política mexicana, el tamaño de tu trasero refleja directamente el tamaño de tu éxito. Y por ese criterio, Carlos Alberto Cadena Arvide era, sin duda, el político más exitoso que jamás había conocido.

CAPÍTULO 12

El ocaso entre aplausos comprados

Una tragicomedia nacional que nadie se atreve a llamar farsa...o desgracia.

La toma de posesión de Carlos Alberto Cadena Arvide como Gobernador del estado fue un espectáculo que habría hecho palidecer a los emperadores romanos en sus desfiles triunfales. Desde mi puesto de observador privilegiado —ahora con el pomposo título de "Coordinador General de Comunicación Estratégica y Narrativa Gubernamental"— contemplé cómo el niño nacido entre costales de azúcar y frijol completaba su metamorfosis en una especie de monarca tropical con credencial de elector.

El Palacio de Gobierno, edificio colonial que durante siglos había mantenido cierta austeridad republicana, fue sometido a una "remodelación integral" (léase: despilfarro obsceno) para recibir a Su Excelencia Obesa. Candelabros importados de Murano, mármoles travertinos arrancados de canteras italianas, maderas preciosas de selvas en peligro de extinción y un trono —perdón, "silla ejecutiva ergonómica"— tapizado en cuero de algún animal probablemente extinto conformaban el nuevo despacho del gobernador.

—El pueblo merece dignidad en sus instituciones —declaró CACA mientras se hundía en su sillón como una piedra en el fango, ajeno a la ironía de que el costo de su "dignidad institucional" habría financiado hospitales enteros.

El día de la ceremonia, el Zócalo de la capital estatal rebosaba de "ciudadanos entusiastas", una multitud heterogénea compuesta por burócratas obligados a asistir bajo amenaza de descuentos salariales,

beneficiarios de programas sociales advertidos de que su apoyo podría "revisarse" en caso de ausencia, y autobuses completos de campesinos transportados desde comunidades remotas con la promesa de despensas y un "apoyo económico para transporte" que la mayoría jamás vería.

—Vengan a ver lo que el amor del pueblo se ha ganado —me dijo Carlos Alberto mientras observaba desde la ventana del Palacio la plaza atestada —. Esto es democracia en su máxima expresión.

—También es peculado, cohecho y uso indebido de recursos públicos en su máxima expresión —murmuré, ganándome una mirada que combinaba advertencia y complicidad.

—Detalles técnicos, Jacinto. Detalles técnicos.

Su discurso inaugural fue una obra maestra de la demagogia contemporánea. Durante cincuenta y siete minutos (cronometrados para no exceder la capacidad de concentración de los medios nacionales pero suficientes para proyectar "profundidad de pensamiento"), Carlos Alberto expuso lo que llamó "Los siete pilares de la transformación estatal", un programa de gobierno tan inflado de retórica como su propia anatomía.

—No vengo a administrar la miseria —proclamó con ese tono que había perfeccionado tras años de observar videos de líderes carismáticos—. Vengo a revolucionar las estructuras anquilosadas que han mantenido a nuestro estado en el atraso.

Las "estructuras anquilosadas", por supuesto, habían sido impuestas por el mismo partido al que ahora pertenecía, pero en el universo paralelo de la retórica política mexicana, estas pequeñas inconsistencias históricas son tan irrelevantes como la física newtoniana en una película de superhéroes.

El primer año de gobierno de Carlos Alberto confirmó la teoría de que el poder no solo corrompe; amplifica. Todos los vicios, manías y delirios que habían florecido durante su etapa como legislador se magnificaron hasta alcanzar proporciones mitológicas.

Su obsesión por la imagen personal alcanzó niveles patológicos. Contrató a un equipo completo dedicado exclusivamente a su "proyección mediática": fotógrafos que dominaban el arte de hacer que doscientos kilos parecieran apenas una "complexión robusta", editores de video para eliminar sus jadeos durante los discursos, y hasta un "consultor de postura gubernamental" (un coreógrafo retirado) que intentaba enseñarle a caminar sin que su barriga precediera su llegada por tres segundos.

—La percepción es realidad en política —repetía como mantra mientras un maquillador profesional (contratado como "asesor de imagen institucional") disimulaba las bolsas bajo sus ojos tras una noche de excesos gastronómicos.

Este culto a la imagen tenía su máxima expresión en la ubicuidad de su efigie. Su rostro aparecía en espectaculares a lo largo y ancho del estado, en pendones que adornaban cada edificio público, en los costados de los

autobuses urbanos, incluso en las playeras que distribuían los programas sociales. "El rostro del progreso", lo llamaba su equipo de comunicación. "El Big Brother tropical", murmuraba la ciudadanía.

—Es pedagogía gubernamental —explicaba a quien osara cuestionar tal despliegue narcisista—. El pueblo necesita asociar las obras con quien las hace posibles.

La realidad era que las "obras" brillaban por su ausencia o existían principalmente en realidad virtual. Carlos Alberto había perfeccionado el arte de gobernar mediante espejismos: inauguraciones faraónicas de proyectos que nunca se concluirían, primeras piedras que jamás verían la segunda, y maquetas espectaculares de desarrollos que permanecerían eternamente en estado bidimensional.

La "Ciudad del Conocimiento", su proyecto insignia, era el ejemplo perfecto de esta gestión fantasma. Un ambicioso complejo que supuestamente convertiría al estado en "el Silicon Valley del sureste mexicano", quedó reducido a un terreno baldío con una valla perimetral y un espectacular monumental que mostraba renders digitales de edificios futuristas. El presupuesto, sin embargo, se ejerció completo en "estudios preliminares" realizados por consultoras vinculadas a primos, cuñados y hasta el peluquero personal del gobernador.

—Roma no se construyó en un día —respondía cuando algún periodista atrevido cuestionaba el avance del proyecto, como si la capital imperial hubiera comenzado con un cartel y un desvío masivo de fondos.

Pero donde el gobierno de Carlos Alberto alcanzó niveles verdaderamente virtuosos fue en el arte de la extracción patrimonial sistemática. Lo que en sus anteriores encarnaciones políticas habían sido meros atracos circunstanciales al erario, bajo su administración se convirtió en un sistema integral de depredación institucionalizada.

Su familia, que ya durante sus etapas previas había mostrado notables talentos parasitarios, floreció como una infección fúngica en el cuerpo del estado. Lolita, su esposa, fue nombrada presidenta del Sistema Estatal para el Desarrollo Integral de la Familia, posición desde la cual dirigía lo que ella llamaba "programas de asistencia social" y que en la práctica funcionaban como mecanismos de distribución clientelar y lavado de recursos.

—Mi familia siempre ha tenido vocación de servicio —declaró con descaro en una entrevista, mientras estrenaba un collar de esmeraldas que hubiera financiado un año de medicamentos oncológicos en el hospital infantil.

Sus hijos, educados en la escuela paterna de rapacidad creativa, ocuparon posiciones estratégicas: Dulce María, la primogénita, fue designada "Coordinadora General de Proyectos Estratégicos", una oficina con presupuesto astronómico y funciones tan ambiguas que podían abarcar desde la organización de un festival gastronómico hasta la compra de terrenos "con potencial turístico" que misteriosamente siempre pertenecían a testaferros familiares.

Carlos Alberto Jr., apodado "El Cachetón" por una fisonomía que replicaba fielmente la de su padre, recibió el control de facto de la Secretaría de Infraestructura, desde donde administraba el jugoso presupuesto de obra pública con la sutileza de un oso en una cristalería.

—El nepotismo es un concepto occidental que atenta contra los valores familiares mexicanos —sentenciaba El Cachetón cuando algún reportero indiscreto cuestionaba su nombramiento, repitiendo la elaborada justificación que su padre había construido para normalizar lo que en cualquier democracia funcional hubiera provocado destituciones inmediatas.

Incluso Doña Eufrasia, la madre de Carlos Alberto, una anciana semianalfabeta cuyo único mérito era haber dado a luz al gobernador, fue nombrada "Embajadora Cultural del Estado", cargo desde el cual viajaba por el mundo "promocionando las artesanías locales" en escapadas que casualmente coincidían con las temporadas de compras en Nueva York, París o Milán.

—Mi jefecita es una mujer sabía que representa los valores auténticos de nuestra tierra —declaraba Carlos Alberto, mientras la octogenaria regresaba de su "misión oficial" en Europa con maletas repletas de cristalería Bacará y pañuelos Hermes.

Para el segundo año de su mandato, el estado navegaba en aguas turbulentas. La deuda pública se había duplicado, los índices de pobreza aumentaban y los servicios básicos colapsaban, pero el aparato propagandístico del gobierno operaba a toda máquina para mantener la ilusión de progreso. Cada bache tapado era presentado como una "renovación integral de la infraestructura vial"; cada computadora donada a una escuela se convertía en la "revolución digital educativa".

La realidad, sin embargo, comenzaba a filtrarse por las grietas de la narrativa oficial. Los primeros reportajes sobre irregularidades aparecieron en medios nacionales, fuera del alcance de las amenazas y sobornos que mantenían a raya a la prensa local. Un prestigioso semanario publicó una investigación sobre el inexplicable incremento patrimonial del clan Cadena, incluyendo propiedades no declaradas en Houston, Madrid y una villa en la Riviera Maya registrada a nombre de "Peluchín", el caniche french poodle de Lolita.

La respuesta de Carlos Alberto ante estos primeros embates fue típica de su escuela política: no atacar el mensaje sino al mensajero. Los periodistas críticos fueron denunciados como "enemigos del progreso estatal", "instrumentos de oscuros intereses" o, en el caso de una reportera particularmente persistente, "despechada ex amante con problemas mentales" (una mujer que, vale aclarar, nunca había estado en la misma habitación que el gobernador y estaba felizmente casada desde hacía dos décadas).

—Los medios libres son el pilar de la democracia —declaraba en ceremonias oficiales mientras su secretario de gobierno llamaba a los directores de periódicos para "recordarles" los contratos de publicidad oficial que podrían "reconsiderarse" si persistían ciertas líneas editoriales.

Para mediados del tercer año, los escándalos ya no podían contenerse con retórica. Un video filtrado mostraba a El Cachetón recibiendo maletines de dinero de contratistas; una grabación de audio capturó a Lolita ordenando desviar despensas destinadas a damnificados por inundaciones hacia eventos proselitistas; documentos internos revelaron sobreprecios de 300% en la compra de medicamentos a través de empresas fantasma vinculadas a primos y sobrinos.

Carlos Alberto, fiel a su estilo, decidió que la mejor defensa era un ataque frontal contra la realidad misma.

—Son montajes digitales fabricados por mis adversarios —proclamó en una rueda de prensa donde presentó a un supuesto "experto internacional en análisis forense digital" (en realidad, el encargado de sistemas de la gobernación con un doctorado comprado por internet).

La crisis escaló cuando la Auditoría Superior de la Federación encontró "inconsistencias graves" en el manejo de transferencias federales por más de seis mil millones de pesos. El informe, devastador en su precisión contable, detallaba un esquema sistemático de desvíos que apuntaban directamente al gobernador y su círculo íntimo.

La noche que se publicó el informe, encontré a Carlos Alberto en su despacho privado, contemplando la ciudad desde su ventanal mientras apuraba un whisky añejo. Su figura, más hinchada que nunca por el estrés y los excesos compensatorios, proyectaba una sombra deforme sobre el piso de mármol.

—¿Recuerdas cuando empezamos, Jacinto? —preguntó sin volverse—. ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando anuncié que quería ser presidente municipal?

—Te dije que estabas loco —respondí, aceptando el vaso que me ofrecía.

—Y tenías razón. Estaba loco. Loco por creer que había límites, reglas. Que existía un "demasiado".

Bebió un largo trago y continuó:

—Pero descubrí algo fascinante: en este país, no hay "demasiado". No hay exceso que no pueda normalizarse, escándalo que no pueda sobrevivirse, crimen que no pueda justificarse con la retórica adecuada.

Se volvió hacia mí, y por un momento vi en sus ojos algo inquietante: no arrepentimiento, sino una especie de asombro perverso ante su propia obra.

—Mira lo que hemos construido, Jacinto. Un sistema tan perfectamente corrupto que se defiende solo, como un organismo vivo. Ya no necesito dar órdenes explícitas; la maquinaria funciona por inercia. Cada funcionario

sabe exactamente cuánto robar, a quién pagar, cómo cubrir sus huellas. Es... hermoso, en cierto modo perverso.

—También es insostenible —me atreví a señalar—. Los números no cuadran, Carlos. La deuda es impagable, los programas federales están bajo auditoría, y hay tres investigaciones periodísticas internacionales en curso.

Sonrió con esa expresión de superioridad que reservaba para quienes consideraba atrapados en concepciones ingenuas del mundo.

—¿Y? ¿Crees que soy el primer gobernador que enfrenta esto? El sistema está diseñado para protegernos, Jacinto. Habrá un escándalo, sí. Quizás incluso una investigación formal. Me llamarán a declarar, daré explicaciones técnicas incomprensibles, culparé a subordinados demasiado entusiastas. Y al final, ¿sabes qué pasará?

—Ilústrame.

—Absolutamente nada. Quizás devolveré alguna cantidad menor, para mostrar "buena fe". Tal vez un par de funcionarios menores pasarán unos meses en una prisión cómoda. Y yo... yo seguiré mi camino hacia lo que siempre ha sido el objetivo final.

No necesitaba especificar cuál era ese objetivo. La presidencia de la República, la cúspide del poder, el último peldaño en su ascenso imparable.

Y lo más aterrador era que probablemente tenía razón. El historial político mexicano estaba repleto de personajes como él que no solo sobrevivieron a escándalos similares, sino que los utilizaron como plataformas de lanzamiento para ambiciones mayores.

Los meses siguientes confirmaron su cínica predicción. A pesar de las evidencias abrumadoras, las investigaciones federales avanzaban con la velocidad de un glaciar burocrático. Los medios, inicialmente escandalizados, fueron pasando a nuevas historias de corrupción en otros estados. La opinión pública, saturada de indignación, desarrolló esa fatiga moral tan característica de sociedades acostumbradas a la impunidad sistemática.

Carlos Alberto, mientras tanto, desplegó la estrategia que había perfeccionado a lo largo de su carrera: la campaña de rehabilitación de imagen. Apareció en portadas de revistas de estilo de vida hablando sobre su "rutina de bienestar" (omitiendo mencionar que su "ejercicio matutino" consistía principalmente en masticar). Fue fotografiado visitando hospitales infantiles (remodelados apresuradamente para la ocasión). Incluso adoptó un perro callejero al que nombró "Pueblo", en un gesto de simbolismo tan burdo que resultaba casi paródico.

Para sorpresa de nadie que entendiera la dinámica política nacional, seis meses después del "escándalo definitivo" que supuestamente terminaría su carrera, Carlos Alberto apareció en las encuestas presidenciales, flotando como opción viable para la candidatura de su partido.

La maquinaria propagandística presentaba su gestión como un "modelo de desarrollo regional" y sus problemas legales como "persecución política". Sus asesores acuñaron un eslogan que resumía perfectamente la estrategia: "Atacado por transformar, respaldado por los resultados".

—¿Cuáles resultados? —pregunté durante una reunión de estrategia, incapaz de contener mi incredulidad ante tal descaro.

—Los que digamos que hay —respondió el director de comunicación social con la naturalidad de quien explica que el agua moja—. La percepción es la realidad en política.

La culminación de esta operación de lavado de imagen ocurrió durante la visita del Presidente de la República al estado, un evento cuidadosamente orquestado para servir como espaldarazo implícito a Carlos Alberto.

El acto central fue la inauguración de un tramo carretero de apenas 23 kilómetros que había costado tres veces el presupuesto original y tomado el doble del tiempo proyectado. No importaba que el asfalto ya presentara grietas visibles o que los puentes parecieran diseñados por un estudiante reprobado de ingeniería; lo relevante era la foto del Presidente y el Gobernador cortando juntos el listón tricolor.

—Es un honor estar junto a un funcionario comprometido con la transformación —declaró el mandatario nacional, leyendo un discurso obviamente negociado hasta en sus comas.

Carlos Alberto, radiante en su traje a medida (el tercero ese mes, dado que su circunferencia seguía expandiéndose en proporción directa a su impunidad), respondió con un mensaje cargado de alusiones a "proyectos futuros de alcance nacional".

Esa noche, en la privacidad de la residencia oficial, mientras el equipo celebraba lo que consideraban un triunfo estratégico, Carlos Alberto me llevó a su despacho privado para mostrarme algo.

—Mira —dijo, desplegando sobre su escritorio un documento impreso en papel membretado del partido—. El primer borrador de la estrategia para las primarias presidenciales.

Lo examiné con una mezcla de fascinación y horror. El documento detallaba un plan meticuloso para posicionarlo como "el candidato de la continuidad con innovación", un tecnócrata con sensibilidad social, la síntesis perfecta entre experiencia y renovación.

—Carlos, ¿realmente crees que puedes llegar a la presidencia después de todo lo que ha salido a la luz?

Sonrió con esa expresión que había perfeccionado: mitad paternal, mitad depredadora.

—Jacinto, mi ingenuo amigo. La memoria política mexicana es más corta que la atención de un niño con sobredosis de azúcar. Para cuando empiecen las campañas, mis "problemitas administrativos" serán historia antigua. Lo que permanecerá es mi narrativa: el gobernador que

transformó su estado, el líder que enfrentó a los poderes fácticos, el estadista que puede llevar al país al primer mundo.

—Es una fantasía —repliqué—. El estado está quebrado, los indicadores sociales son peores que cuando llegaste, y hay investigaciones penales abiertas.

—Detalles, Jacinto. Meros detalles técnicos. La política no trata sobre realidades, sino sobre percepciones. Y mi percepción será cuidadosamente construida por los mejores especialistas que el dinero público pueda comprar.

Al observarlo ahí, planificando su ascenso final con la tranquilidad de quien consulta el pronóstico del tiempo, comprendí la terrible genialidad de Carlos Alberto. No era solo un político corrupto; era la perfecta encarnación de un sistema que había convertido la corrupción en método, la impunidad en expectativa, y el cinismo en filosofía operativa.

Lo verdaderamente aterrador no era que un individuo como él aspirara a la máxima posición del país; era que tenía posibilidades reales de conseguirlo. No a pesar de su historial, sino en parte gracias a él. En un paisaje político donde la corrupción era el común denominador, su "ventaja competitiva" era haberla elevado al nivel de arte.

Los meses siguientes confirmaron sus predicciones con una precisión inquietante. Las investigaciones federales se diluyeron en tecnicismos legales. Los funcionarios menores ofrecidos como sacrificio cumplieron breves condenas en prisiones que más parecían hoteles boutique. Las auditorías concluyeron con "recomendaciones administrativas" y multas irrisorias. El sistema, como un organismo con anticuerpos específicos contra la rendición de cuentas, neutralizó cada amenaza.

Mientras tanto, la operación de relanzamiento nacional avanzaba según lo planeado. Carlos Alberto comenzó a aparecer en foros empresariales en la capital, en universidades privadas de prestigio, incluso en conferencias internacionales donde disertaba sobre "gobernanza innovadora y desarrollo sostenible" con la desfachatez de un pirómano dando consejos sobre prevención de incendios.

Su precandidatura presidencial, inicialmente recibida con escepticismo por algunos sectores de su partido, ganó tracción cuando quedó claro que venía con el respaldo implícito del Presidente y, más importante aún, con una estructura financiera tan robusta como de dudosa procedencia.

La convención nacional de su partido fue el escenario donde Carlos Alberto completó su improbable resurrección política. En un auditorio repleto de aplaudidores profesionales (muchos de ellos empleados públicos de su estado, transportados en autobuses con viáticos pagados por la Secretaría de Desarrollo Social), fue proclamado candidato oficial mediante un proceso interno que de democrático tenía lo mismo que un cardenal tiene de agnóstico.

Su discurso de aceptación fue una obra maestra de cinismo elevado a la categoría de arte dramático:

—Vengo desde lo más profundo del México auténtico —declaró con fingida emoción quien había pasado los últimos años en residencias de lujo y jets privados—. Conozco el dolor del pueblo porque lo he visto de cerca —continuó quien viajaba en caravanas blindadas tan largas que parecían desfiles—. He cometido errores, como todos los seres humanos, pero nunca he dejado de luchar por los que menos tienen —afirmó quien había perfeccionado técnicas para desviar fondos de programas sociales.

Al concluir su perorata con lágrimas cuidadosamente ensayadas frente al espejo esa mañana, el auditorio estalló en una ovación que tenía tanto de espontánea como sus propias emociones.

Esa noche, mientras los festejos continuaban, me encontré con Carlos Alberto en la suite presidencial del hotel que servía como cuartel general. Estaba solo, contemplando la ciudad desde la ventana, con una copa de coñac en la mano y una expresión indescifrable en el rostro.

—¿No deberías estar abajo, disfrutando de tu triunfo? —pregunté.

—Ya tendré tiempo para eso —respondió sin volverse—. Ahora estoy saboreando algo más dulce que el aplauso: la certeza.

—¿Certeza de qué?

Se giró lentamente, y la tenue luz del atardecer reveló en su rostro no la euforia que esperaba, sino una calma inquietante, casi sobrenatural.

—La certeza de haber demostrado mi teoría fundamental sobre este país: no hay crimen imperdonable si se comete desde el poder. No hay escándalo insuperable si se tiene el control de la narrativa. No hay caída tan profunda que no pueda convertirse en plataforma de lanzamiento.

Dio un sorbo a su coñac y añadió con una sonrisa que me heló la sangre:

—¿Sabes cuál será mi primer acto como Presidente? Mandaré a construir un monumento.

—¿A quién? —pregunté, aunque temía la respuesta.

—A la impunidad, por supuesto. La verdadera deidad tutelar de nuestra democracia.

Levantó su copa en un brindis silencioso hacia el horizonte urbano, donde millones de mexicanos, ajenos a la perversa perfección del sistema que Carlos Alberto había no solo aprovechado sino refinado, continuaban sus vidas sin sospechar que pronto estarían bajo el mando de un hombre que había hecho del saqueo un método de gobierno y del cinismo una filosofía de Estado.

Mientras observaba su silueta recortada contra el ventanal, comprendí que el verdadero horror no era Carlos Alberto Cadena Arvide; era el sistema que lo había creado, nutrido y ahora lo catapultaba a la máxima posición del país. Un sistema tan perversamente perfecto que transformaba a los

depredadores en estadistas y a los saqueadores en líderes visionarios, todo bajo el aplauso comprado de una sociedad demasiado fatigada moralmente para distinguir entre realidad y simulación.

Y lo más aterrador de todo: no era una anomalía, sino el producto más acabado de una maquinaria diseñada precisamente para producir especímenes como él. Carlos Alberto no era la excepción; era la regla llevada a su máxima expresión. La encarnación del México que no nos atrevíamos a ver en el espejo: el país donde los aplausos se compran, los crímenes se olvidan y la tragicomedia se confunde con normalidad.

Mientras bajábamos al salón donde cientos de personas celebraban la candidatura del hombre que probablemente sería el próximo Presidente de México, no pude evitar preguntarme si yo, como tantos otros cómplices silenciosos, habíamos sido no solo testigos sino artífices involuntarios de la mayor farsa política de nuestra historia: la transformación de un depredador en salvador, todo bajo el estruendo ensordecedor de aplausos tan comprados como la conciencia de quienes los ejecutaban.

Porque en el fondo, esa era la verdadera tragedia del ocaso de nuestra democracia: no que muriera en medio de protestas y resistencia, sino que expirara entre vítores y celebraciones, con el consentimiento tácito de una sociedad que había normalizado lo inmoral hasta el punto de aplaudirlo.

Y Carlos Alberto Cadena Arvide, CACA para los amigos y pronto "Señor Presidente" para todos los demás, era simplemente el maestro de ceremonias de este carnaval grotesco, el director de orquesta de una sinfonía de corrupción interpretada con instrumentos fabricados con los huesos de un Estado de derecho hace mucho fallecido, aunque nadie se hubiera atrevido a firmar su certificado de defunción.

EPÍLOGO

El nacimiento de una tétrica dinastía

La toma de posesión de Carlos Alberto Cadena Arvide como Presidente de la República fue, como todo en su vida política, un monumento al exceso, la megalomanía y el mal gusto institucionalizado. Desde mi posición como flamante "Secretario de Interpretación Histórica y Comunicación Presidencial" —otro título rimbombante para seguir siendo su cronista oficial y cómplice silencioso— observé cómo el hijo del abarrotero que había comenzado vendiendo votos a cambio de despensas culminaba su ascenso patológico al trono sexenal mexicano.

El Zócalo capitalino, repleto hasta los bordes con acarreados de todos los estados (especialmente del suyo, donde el nuevo gobernador —su compadre y ex tesorero— había amenazado con recortes presupuestales a cualquier alcalde que no cumpliera con su cuota de "entusiastas ciudadanos"), parecía una parodia grotesca de celebración democrática.

Era un circo romano donde, en lugar de pan, se repartían tortas de jamón con la cara del "Señor Presidente" impresa en el papel encerado.

—El pueblo me ama, Jacinto —me dijo mientras observaba la muchedumbre desde el balcón presidencial—. ¿Ves ese mar de sombreros y gorras? Es el México auténtico rindiéndome pleitesía.

—Es el México amenazado, hambriento y con boleto pagado de regreso, Carlos —respondí, consciente de que mi franqueza ya no representaba riesgo alguno; éramos como un matrimonio demasiado deteriorado para molestarse en fingir cortesías—. Están aquí por lo mismo que has estado tú en cada escalón político: por la promesa de migajas del pastel nacional.

Me lanzó esa mirada de superioridad divertida que había perfeccionado al mismo ritmo que expandía su cintura.

—Teorías románticas de perdedores, mi querido amigo. La democracia moderna no es más que un concurso de ofertas donde gana quien promete más y cumple lo mínimo indispensable para mantener la ilusión. Y en ese juego, nadie me supera.

Su discurso inaugural duró noventa y siete minutos, una eternidad incluso para los estándares de la retórica latinoamericana. Entre frases grandilocuentes sobre "la refundación nacional", "el nuevo amanecer patrio" y "la lucha frontal contra la corrupción" (esta última pronunciada con tanta convicción que varios ex funcionarios presentes sufrieron ataques de risa que tuvieron que disfrazar como tos), Carlos Alberto presentó lo que llamó "El Proyecto de Nación para el Nuevo Milenio", un programa tan hueco como sus promesas electorales y tan inflado como su ego monumental.

Lo verdaderamente notable no fue el discurso en sí, sino la transformación física que había experimentado para la ocasión. Carlos Alberto apareció ante la nación con cincuenta kilos menos, un bronceado de cámara de rayos UV y un implante capilar tan sospechosamente abundante que parecía llevar un mapache dormido sobre la cabeza. El milagro, por supuesto, no se debía a ninguna conversión repentina a la disciplina y la dieta, sino a la combinación de una liposucción masiva en una clínica suiza, un equipo de maquillistas profesionales y la magia de la sastrería italiana que había diseñado un traje con más estructura interna que el Palacio de Bellas Artes.

—La presidencia requiere una imagen rejuvenecida —me había explicado semanas antes, mientras se recuperaba de su "remodelación integral" en una suite médica que costaba por noche lo que un maestro rural ganaba en seis meses—. El pueblo necesita ver a un líder vigoroso, no a un obeso mórbido.

La farsa estética era el menor de los engaños que preparaba. Los primeros cien días de su gobierno revelaron el verdadero proyecto: la instauración de una cleptocracia familiar de alcances nunca antes vistos en la historia nacional. Lo que en su gubernatura había sido un saqueo regional se

convirtió, con acceso al presupuesto federal, en una operación de pillaje continental.

El organigrama del gobierno federal se transformó en un directorio familiar extendido. Su esposa Lolita, no conforme con presidir el DIF Nacional, fue nombrada "Embajadora Extraordinaria para Asuntos Humanitarios", posición desde la cual viajaba por el mundo hospedándose en suites presidenciales y comprando propiedades que misteriosamente aparecían registradas a nombre de fundaciones benéficas controladas por primos y sobrinos.

El Cachetón, su hijo, asumió el control de facto de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, desde donde administraba un presupuesto faraónico para infraestructura que generaba obras tan fantasmales como los contratistas que las ejecutaban —empresas constituidas semanas antes de ganar licitaciones multimillonarias cuyas oficinas resultaban ser departamentos deshabitados o locales de tacos.

Dulce María, su hija mayor, fue designada "Coordinadora del Programa Nacional de Inversión Estratégica", un megaproyecto con presupuesto ilimitado y objetivos tan ambiguos que podían justificar desde la compra de islas privadas (para "desarrollo turístico sustentable") hasta inversiones millonarias en startups tecnológicas que casualmente pertenecían a sus compañeros de clase en la universidad suiza donde se había graduado con honores sospechosos.

Incluso la anciana Doña Eufrasia, su madre, recibió un nombramiento oficial como "Guardiana del Patrimonio Cultural", cargo desde el cual presidía ceremonias de inauguración de museos mientras ampliaba su colección privada de arte con piezas precolombinas "donadas voluntariamente" por coleccionistas ansiosos de contratos gubernamentales.

—Es un proyecto de nación basado en valores familiares —declaró Carlos Alberto cuando un periodista extranjero (los nacionales ya habían sido domesticados con una combinación de amenazas veladas y sobornos explícitos) cuestionó el descarado nepotismo—. En México entendemos que la familia es la base de la sociedad. Yo simplemente pongo el ejemplo.

Lo verdaderamente aterrador no era la desfachatez del saqueo, sino la metódica ingeniería institucional que Carlos Alberto implementaba para garantizar su perpetuación. Bajo la bandera de "reformas modernizadoras", impulsó cambios constitucionales que debilitaban los órganos autónomos, centralizaban el poder electoral y, más importante aún, sentaban las bases para lo que realmente era su proyecto histórico: la sucesión familiar.

La revelación de sus verdaderas intenciones llegó durante una cena privada para conmemorar su segundo aniversario en la presidencia. En la intimidad del comedor familiar en la residencia oficial de Los Pinos (que había recuperado y remodelado a un costo que habría financiado sistemas hospitalarios completos), rodeado solo por su familia nuclear y yo, su

eterno cronista, Carlos Alberto finalmente verbalizó lo que llevaba años gestándose en su megalómana imaginación.

—¿Saben cuál es el verdadero problema de México? —preguntó, atacando su tercer plato de langosta (dieta post liposucción olvidada por completo, los kilos regresando como viejos amigos)—. La discontinuidad. Seis años no son suficientes para un proyecto de verdadera transformación.

—La Constitución es clara al respecto, papá —comentó Dulce María, la más educada y, paradójicamente, la más cínica de la progenie—. La no reelección es un principio fundamental.

Carlos Alberto sonrió con esa expresión que reservaba para quienes consideraba atrapados en concepciones ingenuas del mundo.

—La Constitución es como una receta de cocina, mi niña: se adapta según los ingredientes disponibles y el gusto del chef.

Procedió entonces a detallar lo que llamó "El Plan Familiar para la Continuidad Transformadora", una estrategia dinástica que haría palidecer a los Tudores. El esquema era tan simple como aterrador: él sentaría las bases durante su sexenio, modificando la estructura institucional y constitucional; luego Dulce María sería la candidata "ciudadana" en las siguientes elecciones, seguida por El Cachetón seis años después. Para entonces, los nietos comenzarían a alcanzar la edad constitucional y el ciclo podría continuar indefinidamente.

—Los Kennedy no supieron hacerlo bien porque les faltó método —explicó mientras saboreaba un sorbo de vino de cinco mil pesos la botella—. Los Bush fueron demasiado obvios. Nosotros seremos sutiles, cada uno con su propio partido si es necesario, pero con el mismo proyecto: el control permanente del presupuesto nacional.

—Es una locura —murmuré, incapaz de contener mi asombro ante tal megalomanía—. La gente nunca lo permitiría.

—¿La gente? —rio tan fuerte que casi se atraganta con un trozo de pan—. La gente votará por quien le prometa más, quien aparezca más en sus pantallas, quien reparta más programas sociales. Y adivina quién controlará todo eso: nosotros. No es ciencia espacial, Jacinto. Es mercadotecnia básica con presupuesto ilimitado.

Lo más perturbador no fue el plan en sí, sino observar cómo sus hijos asentían con la naturalidad de quien discute planes vacacionales. La semilla de la ambición patológica había germinado perfectamente en la siguiente generación, produciendo retoños que carecían incluso de los atisbos ocasionales de conciencia que Carlos Alberto mostraba en sus raros momentos de introspección alcohólica.

Los preparativos para este proyecto dinástico comenzaron inmediatamente. Dulce María fue posicionada estratégicamente como la cara "moderna y progresista" del gobierno. Comenzó a aparecer en foros internacionales hablando sobre empoderamiento femenino y desarrollo sostenible,

mientras su fundación (financiada con desvíos de programas sociales) construía una red clientelar propia en estados clave.

El Cachetón, menos refinado pero igualmente ambicioso, fue designado para cultivar la base tradicional: los sectores populares, sindicatos y las estructuras territoriales del partido. Su estilo burdo pero eficaz de reparto de prebendas lo convirtió rápidamente en el favorito de caciques locales y líderes sectoriales.

Incluso los nietos fueron incorporados al proyecto dinástico. Carlos Alberto III, con apenas diecisiete años, ya era presentado en eventos oficiales como "asesor juvenil", mientras Lourditas, la nieta quinceañera, protagonizaba campañas de "concientización infantil" que servían como vehículo para familiarizar al público con la siguiente generación de la dinastía.

La maquinaria propagandística trabajaba a toda potencia para normalizar lo que en esencia era un proyecto monárquico disfrazado de democracia. Series documentales sobre "Familias en el servicio público", artículos académicos sobre "continuidad en políticas de Estado" y hasta telenovelas que romantizaban sagas familiares en el poder preparaban el terreno cultural para lo impensable: la aceptación de una dinastía política en pleno siglo XXI.

Para el cuarto año de gobierno, los síntomas de la enfermedad institucional eran inconfundibles. Los órganos electorales habían sido "reformados" hasta la irrelevancia. El poder judicial estaba poblado por excompañeros de universidad y compadres. Los medios de comunicación habían sido domesticados mediante una combinación de amenazas fiscales y contratos publicitarios obscenos. La oposición estaba fragmentada en grupúsculos que se peleaban por las migajas presupuestales que Carlos Alberto arrojaba estratégicamente.

Una tarde, mientras supervisábamos las obras de lo que Carlos Alberto llamaba "mi legado físico" —un tren faraónico que conectaba destinos que nadie quería visitar a un costo que habría financiado sistemas educativos completos— me confesó lo que realmente consideraba su mayor logro.

—¿Sabes qué es lo más extraordinario de todo esto, Jacinto? —preguntó mientras contemplábamos el monumental desperdicio de recursos que serpenteaba por la selva—. No es el dinero que hemos acumulado, que es bastante. No son las propiedades, las empresas fantasma o las cuentas en paraísos fiscales. Es algo mucho más valioso.

—Ilumíname —respondí, adaptando su tono sarcástico.

—Hemos creado una estructura perfecta de impunidad hereditaria. Mis hijos no solo heredarán fortuna y poder; heredarán un sistema diseñado específicamente para protegerlos, para multiplicar su riqueza, para garantizar su dominio. Es el primer sistema verdaderamente dinástico desde el Porfiriato, pero con la fachada democrática que los tiempos exigen.

Sonrió con una mezcla de orgullo paternal y satisfacción de arquitecto social.

—Los romanos tenían un concepto maravilloso: el "mos maiorum", las costumbres de los ancestros. Una vez que estableces una práctica y la normalizas durante suficiente tiempo, se convierte en tradición. Y las tradiciones, querido amigo, son más poderosas que las leyes.

Y esa era precisamente la perversión más brillante del proyecto Cadena Arvide: estaban estableciendo tradiciones de saqueo, nepotismo y simulación democrática tan arraigadas que eventualmente serían vistas como el estado natural de las cosas. No simplemente estaban robando el presente; estaban hipotecando el futuro, normalizando lo aberrante para las generaciones venideras.

La confirmación final del éxito de su plan llegó durante la campaña intermedia, cuando Dulce María fue "elegida" —en un proceso interno tan transparente como el lodo— candidata a la gubernatura del estado natal de la familia. Su discurso de aceptación fue un calco modernizado de los primeros mensajes de su padre: la misma retórica sobre transformación, las mismas promesas vacías, pero con un barniz de terminología contemporánea sobre sostenibilidad, inclusión y transparencia.

La noche de su victoria electoral —asegurada mediante una operación que combinó compra masiva de votos, intimidación selectiva y un control absoluto de los órganos electorales locales—, Carlos Alberto ofreció una cena íntima en la residencia oficial. Mientras el país procesaba el ascenso de la segunda generación Cadena al poder regional, la familia celebraba no una simple victoria electoral, sino la confirmación de su proyecto histórico.

—Hoy Dulce María, mañana la presidencia —declaró Carlos Alberto, levantando su copa en un brindis—. Y después, El Cachetón. Luego los nietos. Estamos sembrando un árbol genealógico cuyos frutos serán sexenios completos.

Las risas alrededor de la mesa tenían ese tono particular de quienes comparten un chiste privado a costa de millones de personas que no están presentes para defenderse. Era la risa de depredadores satisfechos, no por la caza del día sino por haber alterado el ecosistema completo a su favor.

En ese momento, observando a tres generaciones de Cadena Arvide planificando el desmantelamiento sistemático de lo que quedaba de república, comprendí que estaba presenciando algo más terrible que la simple corrupción política. Era el nacimiento de una tradición dinástica, una mutación del ADN institucional mexicano que normalizaba la idea de que el poder público era un patrimonio familiar transmisible.

Carlos Alberto había comenzado como un político corrupto más en un sistema plagado de ellos. Pero su verdadera "innovación" había sido sistematizar lo que antes era oportunismo individual, institucionalizando mecanismos de saqueo, control y sucesión que trascendían su persona. No

había creado simplemente una fortuna ilícita; había fundado una dinastía cleptómana con aspiraciones generacionales.

Y lo más aterrador era la facilidad con que el sistema lo había permitido, la naturalidad con que la sociedad lo había normalizado, la indiferencia con que las instituciones se habían doblegado. Porque el verdadero triunfo de Carlos Alberto Cadena Arvide no era haber llegado a la presidencia, sino haber creado las condiciones para que su apellido se convirtiera en sinónimo de poder, una marca política transmisible como las coronas de antaño.

Mientras la fiesta continuaba y el champagne corría como si fuera agua de la llave en Los Pinos, me escabullí hasta el balcón presidencial. Desde allí, contemplé las luces de una Ciudad de México ajena a la tétrica dinastía que estaba consolidándose en el corazón mismo de la república. Pensé en ese primer Carlos Alberto, hijo del abarrotero y la sufrida mujer, con sus grandes ambiciones y su total ausencia de escrúpulos. ¿Habría imaginado, cuando vendía sus primeros votos por despensas, que estaría fundando una estirpe de saqueadores hereditarios?

De pronto se abrió la puerta del balcón. Era Carlos Alberto III, el nieto mayor, ya preparándose para seguir los pasos de su abuelo y su madre.

—Mi abuelo dice que usted ha sido testigo de todo, desde el principio —comentó mientras encendía un cigarrillo importado—. Que ha visto crecer nuestra... ¿cómo lo llama él? Ah, sí, nuestra "empresa familiar".

—Lo he visto todo —confirmé con la amargura de quien ha sido cómplice por demasiado tiempo—. Desde que tu abuelo no era nadie hasta esta... dinastía.

El joven sonrió con una seguridad impropia de sus diecisiete años, pero tan familiar que produjo un escalofrío en mi espalda. Era la misma sonrisa de Carlos Alberto, la misma expresión de superioridad depredadora, pero sin el barniz de camaradería popular que su abuelo aún mantenía por costumbre. Esta era una versión refinada, educada en Suiza y criada en el privilegio absoluto, pero con el mismo vacío moral, ahora naturalizado y pulido por generaciones.

—¿Dinastía? Me gusta cómo suena —respondió, exhalando humo hacia una ciudad que ya consideraba suya por derecho hereditario—. Aunque mi abuelo prefiere llamarlo "proyecto intergeneracional de administración patriótica". Suena más democrático, ¿no cree?

Y así, mientras el ocaso caía sobre la república, la tétrica dinastía de los Cadena Arvide extendía sus raíces en lo más profundo del sistema, preparándose para décadas de dominación bajo el disfraz cada vez más delgado de procesos democráticos. No era simplemente la historia de un hombre corrupto que había llegado a la cima; era la crónica del nacimiento de un sistema dinástico en pleno siglo XXI, la mutación final de una democracia fallida en una cleptocracia hereditaria.

Carlos Alberto, el niño nacido entre costales de azúcar y frijol, había cumplido el sueño americano mexicanizado: no solo había llegado a la cima, sino que había construido un elevador privado para que sus descendientes pudieran subir y bajar a placer, generación tras generación, mientras el país se acostumbraba a vivir en el sótano perpetuo de sus ambiciones familiares.

Y yo, su cronista, su Judas sin paga y sin remordimiento, seguiría documentando la tragicomedia nacional, porque algunas historias son tan grotescas que merecen ser contadas, aunque sea como advertencia para un futuro que, me temía, ya estaba hipotecado a la dinastía que había ayudado a cronificar.

POST EPÍLOGO

UNA ADVERTENCIA PARA LA REPÚBLICA

Querido lector mexicano:

Lo que acabas de leer es ficción... por ahora. Una pesadilla política fabricada con tinta y papel. Pero no te engañes: cada elemento de esta historia tiene su semilla plantada en nuestro presente. La distancia entre esta ficción y nuestra realidad es más delgada de lo que quisiéramos admitir.

La democracia no muere con estruendo. No hay tanques en las calles ni soldados tomando televisoras cuando una república comienza a transformarse en un patrimonio familiar. La democracia muere en silencio, entre aplausos comprados, mientras el pueblo, distraído por las migajas que caen del banquete del poder, entrega sus derechos con una sonrisa agradecida.

La dinastía Cadena Arvide es ficticia, pero el mecanismo que la creó existe y opera a plena luz del día: la normalización gradual de lo inaceptable. Hoy toleramos la pequeña corrupción, mañana el nepotismo descarado, y al día siguiente, la sucesión dinástica disfrazada de proceso electoral. Un paso a la vez, tan lento que apenas lo notamos, hasta despertar en una república secuestrada por apellidos que se turnan en el poder.

Compatriotas:

NO VENDAMOS NUESTRA HERENCIA DEMOCRÁTICA POR UN PLATO DE LENTEJAS

Cada vez que extendemos la mano para recibir una dádiva electoral sin cuestionar su origen, estamos firmando el acta de defunción de la república que tanto costó construir. Cada vez que guardamos silencio ante el abuso porque "así son las cosas", estamos cavando la tumba de las oportunidades de nuestros hijos.

La democracia no es solo votar. Es exigir rendición de cuentas cada día. Es recordar a quienes ocupan cargos públicos que son servidores, no señores

feudales. Es comprender que el presupuesto nacional no es un botín para repartir entre familias y amigos, sino el patrimonio sagrado de una nación.

PIENSA EN EL MÉXICO QUE HEREDARÁN TUS HIJOS

¿Quieres que vivan en un país donde el apellido determine el acceso a oportunidades? ¿Dónde la lealtad ciega a un clan familiar sea el único camino al progreso? ¿Dónde las instituciones sean simple decorado para la fotografía oficial de una dinastía disfrazada de democracia?

La historia de los Cadena Arvide no es inevitable. Es una advertencia, un futuro posible que podemos evitar si despertamos a tiempo. Si dejamos de confundir programas sociales con derechos, si dejamos de aplaudir a quienes tratan el erario como patrimonio personal, si recordamos que en una república el poder debe circular, no estancarse en árboles genealógicos.

NO PERMITAS EL ASESINATO DE LA DEMOCRACIA

No será con balas, sino con indiferencia. No con tanques, sino con conformismo. No con bombas, sino con la normalización cotidiana de lo aberrante.

México merece instituciones fuertes e independientes, no teatros vacíos donde se escenifica una democracia mientras dinastías políticas firman el reparto del botín nacional entre bambalinas.

México merece ciudadanos alertas y vigilantes, no súbditos agradecidos por las migajas que caen de la mesa del banquete presupuestal.

México merece un futuro donde el poder circule entre ideas y proyectos, no entre primos, cuñados e hijos que perpetúan apellidos como marcas comerciales en el mercado electoral.

ESTO NUNCA DEBERÁ PASAR EN MÉXICO

Pero pasará si lo permitimos. Si confundimos asistencialismo con justicia social. Si confundimos personalismo con liderazgo. Si creemos que la lealtad a un apellido vale más que la lealtad a la república.

La responsabilidad es nuestra. De cada ciudadano. De cada voto. De cada silencio cómplice o grito de protesta. De cada mano que se extiende para recibir sin cuestionar o se levanta para señalar la injusticia.

La democracia mexicana aún respira, aunque con dificultad. Su futuro depende de lo que hagamos hoy, mañana y cada día con nuestro poder ciudadano. Porque las dinastías solo florecen en el jardín de la indiferencia cívica.

Que esta historia de ficción nunca se convierta en el obituario de nuestra república.

Por un México donde el poder tenga fecha de caducidad y la ciudadanía sea eterna.

Salvador Rangel Abud.